

# **PASOS EN FALSO**

---

*Danilo Manera*



*Danilo Manera*

# **PASOS EN FALSO**

---



Santo Domingo, República Dominicana  
2021

© 2021, *Danilo Manera*

PASOS EN FALSO  
Danilo Manera

Título original: *Passi falsi*  
Primera edición: abril 2021  
© Robin Edizioni SRL

Esta edición: septiembre 2021

ISBN: 978-9945-9066-5-3

DISEÑOS Y ARTE FINAL:  
Manuel Libre Otero / Artecía, Inc.

ILUSTRACIONES:  
Christian Valerio / Cram Studio

CONTACTO:  
e-mail: [danielomanera@gmail.com](mailto:danielomanera@gmail.com)

IMPRESIÓN:  
Editora Amigo del Hogar

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial, cualquiera que sea el medio empleado, sin previa autorización del autor o de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Impreso en la República Dominicana  
*Printed in the Dominican Republic*

## ACERCA DE ESTOS PASOS

La versión original, en italiano, de esta recopilación de cuentos salió en abril de 2021 con el título *Passi falsi*, por la editorial Robin, de Turín.

Previamente, el cuento *L'eredità del geografo* había sido publicado en la revista "Crocevia", en mayo de 2006, y los cuentos *Lutto secco* y *La trinità venezuelana*, en la revista "Limes", en agosto de 2017 y abril de 2019.

Las traducciones de *L'amore ai tropici, nel tempo dei lupi mannari*, *La mezz'ora del farang* y *Lutto secco* corresponden al autor, quien agradece a los amigos Manuel Llibre Otero, Ángela Hernández Núñez y Luis Martín Gómez su ayuda.

La traducción de *La trinità venezuelana* fue realizada por Sandra Caula y otro venezolano que, por vivir en Venezuela, prefiere quedar en el anonimato; se publicó en la revista dominicana digital "Plenamar" y en la española "Turia", en 2019.

La traducción de *La herencia del geógrafo* es de Nuria Málaga Delgado y se publicó en la revista boliviana "La mariposa mundial", n. 16-17 de 2007, pp. 68-71.

La traducción de *Roma, Piazza dei Cinquecento* es de Esther María Hernández, apareció en la revista cubana "Unión", febrero de 2000, pp. 44-49, y fue revisada luego por el autor, que agradece al amigo Diego Muñoz Valenzuela su atenta lectura de todo el libro.





**EL AMOR TROPICAL,  
EN LA ÉPOCA DE  
LOS HOMBRES LOBO**

---





◁ 1 ▷

Al sacudir el vaso, los cubitos de hielo ahogados en el ron producen un tintineo agudo. Muchos vasos con pequeños trozos de hielo bien podrían proporcionar un ritmo de maracas al comienzo de un vídeo musical. Pero dentro de un bar semioscuro, definitivamente no en este, bajo un sol perentorio y categórico.

Antes de partir me decía: un viaje también puede ser una respuesta, tal vez la que no esperas. Perderse de vista por un tiempo, desdibujar la envolvente red de sentido en la que todo debe tener su sitio, disponerse a escuchar, forzarse a entender las razones de los demás, mirar a la cara lo que usualmente ni siquiera se ve o, simplemente, observar las cosas de toda la vida desde un nuevo ángulo. Las preguntas se formulan de forma diferente y producen respuestas imprevistas... Me decía esto para convencerme de que incluso el turismo es bueno. Además, me gusta Brenda. Mucho. Y Brenda solía decir que estoy demasiado ocupado con el trabajo: “Está bien que te apasione, pero siempre estás hasta el cuello y no queda espacio para nosotros”. Salir de vez en cuando, casi por accidente, era una opción; pero no duraría, y repito: Brenda me gusta. Así que pensé: “vayámonos los dos lejos, solitos, para conocernos de verdad”.

La próxima temporada va a ser muy intensa, tenemos muchos proyectos con el estudio de grabación, y nuestra compañía discográfica ofrece algunos paquetes de vacaciones con buenos descuentos para el Carnaval, incluyendo a Punta Cana. Así que

le propuse el viaje, ella dudó un poco, pero luego aceptó, feliz de que yo quisiera conocer la isla de su madre. Brenda enfatiza en todo momento que es dominicana, aunque no lo parezca, a juzgar por su pelo castaño liso, sus ojos gris claro y su piel muy blanca... debe ser por la herencia de su padre italiano.

Y de inmediato pareció que habíamos llegado al paraíso. El clima hermoso, el mar transparente y tranquilo, el resort con elegantes jardines de altas palmeras, verde césped y coloridas flores, los turistas tranquilos, la animación discreta. El segundo día fuimos a una pequeña isla cercana, con una playa aún más maravillosa y dimos un paseo por los límpidos canales entre los manglares. Parecíamos los amantes perfectos: paseos abrazados a lo largo de la costa, lejos de esa música palpitante (simpática pero no exactamente de mi gusto), y sexo frecuente y sereno. Siempre a punto de comenzar las conversaciones importantes que nos habíamos prometido durante estas vacaciones.

Pero la misma tarde de la excursión, Brenda empezó a recibir muchas llamadas telefónicas, y las respondió en el castellano cantarín y rápido de aquí. De acuerdo, había anunciado de antemano que tenía algunos asuntos familiares por resolver y que era mejor resolverlos enseguida para que pudiéramos hacer luego, tranquilos, un buen recorrido por la isla. Pero no pensé que desaparecería al tercer día, con maleta y todo, justo después del desayuno.

—Tú, mientras tanto, descansa y apúntate en las excursiones de por aquí, que yo ya las conozco. Te dejaré este celular con un número dominicano y te llamaré cada vez que pueda.

Así, de repente, el paraíso está empezando a resultarme algo esquivo. No puedo disfrutar de toda esta cómoda belleza, pero tampoco puedo contestar los mensajes que se acumulan en mi celular italiano. El plan era “nada de chamba” durante quince días, y por lo que a mí respecta me mantendré fiel a mi propósito.

Como me habían dejado solo, decidí ir a almorzar en la amplia zona del buffet, ya que no me agradan los restaurantes temáticos. En el buffet había, literalmente, todo lo bueno, con cama-

rereros muy amables y sonrientes. Y, sin embargo, los veraneantes bronceados asaltaban los mostradores de comida, llenando sus platos hasta desbordarse. ¿Pero de dónde salieron tantos animales voraces? No los he visto por aquí. O tal vez antes, con Brenda, no me di cuenta. Parece que se han estado apretando el cinturón durante años o acaban de cruzar el desierto. ¿Cómo van a rellenar todas esas montañas de pasta-pescado-verduras-carne-pizza-dulces-frutas? De hecho, los camareros se llevan montones de platos apenas tocados. Debe ser porque todo está incluido en el precio.

Ahora estoy sentado tomando café y mirando como se derrite el hielo en un vasito con ron, en un quiosco-bar un poco alejado de la playa, casi vacío, salvo por un señor que lee un libro. Antes he pasado por la oficina de excursiones, pero así, solito, ninguna me atrae. Tampoco me apetece retomar las ocupaciones obvias, esa ‘emocionante rutina’ de un centro turístico. Iré a bañarme y luego escribiré un correo electrónico para que me envíen algunas canciones en bruto para estudiarlas.

El señor ha terminado su libro, lo cierra con un chasquido y suspira. Lleva bigote y perilla grises muy cuidados, se quita las gafas, se da cuenta que lo estoy mirando y me hace un gesto amistoso, guiñando un ojo y levantando el pulgar.

—Ahora necesito un sorbo de ron —dice acercándose—. ¿Qué tal ese que estás tomando?

—No está mal.

El hombre se presenta como Renzo y pide un añejo con hielo. Nuestras pulseras azules nos dan derecho a bebidas ilimitadas.

—Nick —le digo.

No soy de los que pegan la hebra, pero siento que estoy en un punto muerto y en el *impasse* todo vale.

—Eso fue pesado —dice señalando el libro—. El autor es un erudito, pero confunde varias cosas y quiere, a toda costa, encontrar una lectura unitaria para fenómenos disímiles y misteriosos...

—Ah, ¿lo que estaba leyendo no era una novela?

—En absoluto, es un ensayo sobre las transformaciones del hombre en animal, en las mitologías de varias culturas.

—Vaya, la clásica lectura de playa.

—De hecho, no voy bajo la sombrilla. ¿Ves a esas señoras de ahí, tomando clases de bachata en la piscina? Bueno, justo en el medio, esa es mi esposa y tres de sus amigas.

—Parecen felices.

—Son salvajes, es un ritmo insostenible, incluso para ellas, pero aguantan. Son como niñas arrastradas por los animadores, desde la búsqueda del tesoro hasta el aeróbic acuático. Y yo las acompaño desde la distancia, sin ningún papel y con el inconveniente de no participar en la avalancha de actividades en las que se enrollan. Algo que también me hace, en cierto modo, libre...

Señala mi camiseta, que es de un concierto de “Subsonica”, y pregunta:

—¿Músico?

—Oficialmente sería ingeniero de sonido... edición, mezcla, masterización... pero luego hago un poco de todo, desde los arreglos hasta la promoción, también acompaño a grupos y cantantes a festivales.

—¿Qué tipo de música?

—Sobre todo *indie rock* y nuevos cantautores. Somos un pequeño sello adoptado por una gran empresa. Quieren ver si las rosas florecen.

—Ah... ¡Bueno, al menos no es reguetón!

—¿Usted escucha solamente música clásica?

—Ni siquiera eso, sólo conmovedora basura de mi época; desde luego no soy un melómano. Tengo un trabajo que me absorbe mucho, soy anestesista en un hospital; pero existe una regla de hierro: “en vacaciones hay que olvidarse del trabajo”.

—Eso es lo que yo también intento hacer. Y dedicar tiempo a mi actual pareja, pero ella acaba de dejarme aquí solo. Por eso me siento un poco perdido en este momento.

—¿Y por qué lo hizo?

—Tenía ciertos problemas familiares. Es medio dominicana.

—Así que tú también eres libre.

—Diferentemente libre.

—Je, je, je... Escucha, yo soy un experto en licantropía...

—Disculpe, no sé si le he entendido bien...

—Un entusiasta del hombre lobo, nombre derivado de *lupus hominarius*, que significa devorador de hombres o parecido a los hombres, y aparece en la tradición latina desde el *Satyricon* de Petronio. En otras culturas puede ser una hiena, un jaguar, un oso o un zorro, pero en nuestra cultura el lobo es el depredador que simboliza la regresión al nivel salvaje, cruel, primitivo, espeluznante... ¡El hombre convirtiéndose en bestia!

—Si eso es lo que busca, es suficiente ver un debate entre políticos en la televisión...

—Je, je, je... ¡Allí estamos en el reino del folclore! En fin, voy a ir al grano, sé que sería más cómodo coleccionar monedas o sellos, pero cada quien tiene sus manías. He examinado varios casos de hombres lobo, y aquí hay algunos.

—¿Aquí? Mire... Este es un paraíso turístico en medio del mar Caribe. No creo que haya ningún lobo. Eso suena más a Europa Central...

—Te estás confundiendo con los vampiros. Y quizá no conozcas el mito de Licaón, que ofreció un sacrificio humano a Zeus y fue convertido en lobo. Los hombres lobo están relacionados con comer carne humana y, quizás, los antropófagos más famosos de la historia sean los del Caribe. Hay aquí interesantes figuras bestiales vinculadas a las creencias populares y al vudú que vino de África.

—Es usted una caja de sorpresas... Se supone que debe sedar a los pacientes, pero si sale con estas historias los aterroriza.

—Je, je, je... Te lo cuento porque mañana llega mi contacto dominicano y me voy a la zona clave para los fenómenos que me interesan, al suroeste, en los valles alrededor de la cordillera Central. Si quieres acompañarme, me encantaría. Estaremos fuera tres o cuatro días.

—¿Y su mujer y sus amigas?

—Esos trompos incansables nunca se fijan en mí. Sin embargo, tu presencia sería una buena coartada adicional...

—Ya veo, tendría un papel social. ¿Y va a buscar hombres lobo?

—Por supuesto. ¡En medio de la vida real en el campo! Será como retroceder en el tiempo. Para ti puede ser una excursión muy instructiva, no como las edulcoradas e insulsas de aquí. ¿Hablas español?

—Sólo inglés, y no muy bien.

—No importa, yo me las arreglo con los dominicanos y nos acompaña un chico políglota.

En las horas siguientes, la sensación de aburrimiento y encierro aumenta, de modo que es un alivio cenar con Renzo en el pequeño restaurante de pescado. Parece un tipo fiable y agradable, pero no me habría animado a escucharle si no fuera por la llamada de Brenda. Me dice que le juró a su madre que iba a visitar a su abuelo moribundo, en un pueblo del Cibao, en el norte, y que tardará dos o tres días, como mínimo, en volver a Punta Cana. Entonces Renzo me presenta rápidamente a sus señoras, a las que dice que me iré con él a las montañas como especialista en música tradicional. Me ha avisado de antemano para que confirme todo lo que inventa.

Luego Brenda llama otra vez para darme las buenas noches, es tan dulce y mientras me regala ternuras telefónicas y se disculpa, recuerdo la larga trenza en la que recoge su pelo iluminado por el sol y de la marca del traje de baño en su cuerpo, y de sus gemidos de placer... y casi me arrepiento.

—¿Y no puedo unirme a ustedes y acompañarte?

—Te morirías de aburrimiento, estoy rodeada de familiares y tú no sabes español. Tengo que quedarme en la casa de ellos y para ti sería incómodo. Además, así eres mi coartada para salir a toda prisa: diré que mi novio me está esperando.

Parece que encajo estupendamente en el papel de coartada. La informo de la excursión con Renzo.

—Es un médico del Véneto que conocí aquí en el resort, apasionado de las culturas populares, con gente de aquí que lo acompaña.

—Ten muchísimo cuidado y si tienes algún problema, llámame.

◁ 2 ▷

A la mañana siguiente Matías viene a buscarnos en un todoterreno. Es joven, más o menos de mi edad, habla inglés y enseguida me cae bien por su trato fácil, divertido, pero nada superficial. Es un mulato robusto, cooperante de una ONG solidaria que trabaja en la frontera con Haití; también imparte un seminario de antropología en la Universidad de San Juan de la Maguana, en el sur de la isla. Atravesamos campos de caña de azúcar, pastos, pequeños pueblos, se asoman playas en la distancia, paramos en la Capital, justo para un paseo por la Ciudad Colonial, luego suburbios y otros campos, con tramos de semi-desierto y de matorrales y altas montañas al fondo.

Durante el viaje, Renzo tiene la oportunidad, entre otras cosas, de explicar qué es lo que buscamos. En República Dominicana existe la creencia en el *galipote*, comparable en cierto modo al hombre lobo europeo. Es un ser mítico capaz de transformarse en diversos animales o plantas, incluso en objetos inanimados; dotado de una fuerza sobrehumana e inmune a los machetes y las balas. Según algunos, se alimenta de la sangre de los niños que chupa por la noche y su poder proviene de un pacto con el diablo. Hay un *galipote* que sólo se convierte en perro y se llama *lugarú*. Y así sucesivamente, en una serie de subdivisiones y tipologías en las que me pierdo. Me he quedado con los zombis de las películas y me confunden todas estas criaturas inverosímiles.

En San Juan de la Maguana, que me dejan ver sobre la marcha, tomamos una carretera secundaria y llegamos a un pueblo en las colinas donde esta noche hay una especie de fiesta. A nuestra llegada, al anochecer, tocan tambores y percusiones en la plaza central, dominada por enormes árboles. Los ritmos, repetitivos y compuestos, se alternan con cantos corales de apariencia religiosa. Son grupos de tres tambores de diversos tama-

ños, con los músicos de pie, acompañados de un instrumento de percusión metálico, parecido a un gran rallador cilíndrico, frotado con un palito. El lugar parece envuelto en una atmósfera bastante alcohólica, a juzgar por la cantidad de botellas que se ven por ahí.

Renzo desaparece nada más bajar del auto y Matías me acompaña entre la gente que no parece reparar en mí. En un rincón, un chico semidesnudo, cubierto de tatuajes y con piercings, baila sobre un pie, escupiendo y desgañitándose. Matías me explica que es un bravucón, un exhibicionista medio delincuente.

No muy lejos, una mujer parece estar poseída. Chilla sistemáticamente, con el pelo alborotado. Y a su alrededor muchos gritan también.

—¿Qué dice? —le pregunto a Matías.

—Dice que está poseída por un espíritu maligno y que hará daño a varias personas cuyos nombres pronuncia claramente. En realidad, son las personas que ama. Y que ahora están a su alrededor y gritan al espíritu que deje de atormentarla y se desquite con ellos. Ha arañado un poco a todos, pero sólo significa que le importan, que no ha sido capaz de demostrárselo, que lamenta sus errores y limitaciones, pero que los quiere. Y ellos la perdonan y le piden al demonio que salga de la mujer y se enfrente a ellos.

—¿Y cómo terminará?

—Pronto estará agotada, le darán una infusión sedante. Dormirá y cuando se despierte sus problemas se irán resolviendo poco a poco. No pudo soportarlo más, ahora todo el mundo lo sabe.

—¿Entonces... no está poseída?

—¡Qué va! El espíritu maligno es una herramienta inconsciente para que puedas explotar sin que te cobren el arrebato.

—¿Y el chico súper tatuado?

—Ese sí creo que está poseído de verdad. El peor espíritu del vudú lo ha invadido y no lo quiere dejar —responde Matías riendo con ganas.



Me acerco a la mujer desaliñada, que ahora ha dejado de gritar y mira a la nada con ojos grandes y suplicantes. La recuestan en una tela, una especie de hamaca, y le dan de beber.

El chico de los piercings debe haber notado que la atención ha vuelto a él, así que vocea y se retuerce con renovado entusiasmo. Pero suena más el coro de al lado, que canta una letanía acompañada de tambores.

Le pregunto a Matías dónde está Renzo. Hace un gesto como para decir que está perdido entre sus cosas. Irá a buscarlo, pero antes me lleva a un restaurante rústico enteramente decorado con lucecitas de todos los colores, casi navideño, y allí me ofrecen comida: guiso de chivo con tomate, yuca y aguacate. Un tipo se acerca a mi mesa y pregunta en inglés si quiero una cerveza. Le digo que sí, trae dos y se sienta conmigo. Su rostro está cincelado con arrugas que se persiguen unas a otras, sobre todo alrededor de los ojos y la boca, que, sin embargo, quisiera sostener una sonrisa constante. Me dice que sabe inglés porque vivió mucho tiempo en Manhattan.

—¿Y qué hacía en Nueva York? —pregunto, sólo por preguntar.

—De todo. Un hombre tiene que saber hacer de todo.

Decido no indagar más. Le pregunto cómo ha vuelto.

—Volví aquí —y enfatiza el adverbio—, y exactamente aquí abrí un colmado y luego le agregué un comedor que es el mejor de Cañada de los Guayacanes. Aquí, porque exactamente aquí, veinticinco años antes, la había conocido.

—¿Conocido a quién?

—Un cuarto de siglo después, ya me había dado cuenta de que me había ido a Estados Unidos por ella, aunque no se lo había dicho, y que este era el único lugar al que tenía sentido volver.

—Y ella lo esperó y ahora es su esposa —arriesgo, imaginando que la mujer misteriosa es la cocinera de ese fantástico guiso.

—No, ella ya no estaba. No he vuelto a saber de ella nunca más. Ni siquiera de sus familiares.

—Entiendo... —digo, aunque no entiendo nada, y me termi-

no la cerveza.

Él silba y la misma joven pechugona que me sirvió el guiso trae dos cervezas más.

—Mi hija Mercedes —dice—. Permítame presentarme: Eulogio Gómez Liriano. En los coros hay otras hijas mías y en los tambores varios hijos míos. El último y más pendejo es el que se menea por ahí.

—Enhorabuena —digo, pensando en el número total y no en la estridente muestra de tatuajes y piercings del chico.

—He tenido buenas esposas. No me quejo. Pero a ella no la encontré nunca más. El momento pasa, hijo... Lo único que digo es esto: no te ciegues por la edad o el mundo. Si la has conocido, no la pierdas.

—Bueno, vine aquí a Santo Domingo en compañía de una dominicana, pero luego ella tuvo un contratiempo, ya sabe, problemas familiares... De hecho, ahora si me permite, voy a llamarla...

En mi celular hay una llamada perdida de Brenda. Le marco, suena y suena mucho rato, pero no hay respuesta. Nuestros tiempos no están sincronizados.

Miro al patriarca Eulogio, que me está contando su vida y su filosofía en medio de una algarabía de tambores y canciones. Su rostro es un nudo de arrugas en la noche.

—¿Estás seguro de que es ella? —me pregunta.

Dudo un poco y luego respondo: —Completamente seguro, no.

—Si fuera ella lo sabrías. Yo lo sabía. Por eso no me perdono.

Quiero añadir algo, pero no sale nada. Mientras tanto, llega Matías con noticias de Renzo: se ha puesto de acuerdo con el médico rural para ir juntos a un desfiladero no muy lejos del pueblo, donde, según la leyenda, un galipote asalta a los viajeros. Creen que el galipote no dejará de venir en la noche de las fiestas, porque escuchará los tambores y las oraciones.

—Sí, pero... ¿ustedes se lo creen o no? ¿Y por qué se meten en problemas ellos mismos? —le pregunto a Matías, algo alarmado.

—Conocen los conjuros, tienen amuletos y hasta puñales de madera del árbol llamado palo de cruz, cortado el Viernes Santo. Es la única arma a la que los galipotes no son inmunes.

—Así que realmente ustedes creen que...

Matías se ríe con gusto, muy tranquilo: —No es importante lo que creemos. Para nosotros son objetos de estudio: si aparecen, veremos. Lo importante es que todo el mundo aquí cree en ellos. Renzo ha cruzado medio mundo y media isla para ir a ese barranco que dicen que está infestado de galipotes. Deja que vaya.

De hecho, Renzo es mayor y está vacunado, pero convenzo igualmente a Matías para que camine conmigo hacia la zona de los hombres lobo. No he previsto, sin embargo, la noche caribeña, con nubes que ocultan la luna menguante. Hay destellos de estrellas, pero el monte es muy negro y, a medida que nos alejamos de los tambores y los cánticos, el silencio se llena de pequeños ruidos inquietantes.

—Bueno, si hubiera querido que lo acompañáramos, nos lo habría dicho, ¿no es así? —pregunto, dudoso.

—Claro, y encima no tenemos nada para defendernos.

—Entonces quizá sea más interesante volver y ver cómo acaba el acróbata tatuado.

—Al final de la noche, todos los coros se unen, desordenadamente, ya medio roncros y ajumados. Pero cuando estés cansado puedes ir a dormir a las habitaciones que hay encima del comedor. Don Eulogio también tiene una pequeña posada.

—¿Hay muchos mosquitos? —pregunto pragmático.

—No —responde, aún más pragmático.

### ◁ 3 ▷

—Hola, Nick. Lo siento, pero si te dejo dormir seguirás y seguirás. Y nosotros tenemos que volver a ponernos en marcha.

Me cuesta abrir los ojos, desenredarme de la cama y abrirme paso hasta el comedor, donde están desayunando mangú, que

es un puré de plátanos verdes con cebolla roja, queso frito y huevos revueltos. Por suerte, también hay chocolate caliente y jugos de frutas. Renzo es hablador y me presenta al médico local, un gigante con grandes bigotes decimonónicos.

—El galipote fue una decepción, pero el doctor Telésforo conoce a un terrateniente de Elías Piña que posee un bacá traído de Haití. Sus plantaciones producen en abundancia y allí nadie roba. Cuentan que en una ocasión le robaron y en apenas tres días apareció el botín y los ladrones fueron castigados con accidentes inexplicables.

El gigante asiente. Miro a Renzo con el aire de quien ha entrado en el cine a mitad de la película.

—Es decir... El *bacá* ¿qué diablos sería eso?

—Je, je, je... Te lo expliqué ayer, pero no estabas prestando atención. Es un animal, un perro, un gallo, un chivo, un caballo o incluso un toro. Se compra en Lakayè, una pequeña ciudad de Haití famosa por sus brujos. Da prosperidad y protección, a cambio de un compromiso.

El gigante comenta algo con la seguridad de quien pone los puntos sobre las íes, rizando el bigote. Miro a Matías que me explica: “El bacá es un espíritu maligno, el pacto implica el sacrificio de un miembro de la familia, que muere misteriosamente, y si no lo respetas, el bacá se vuelve contra el amo, lo arruina y lo devora”.

—No cabe duda de que ustedes están eufóricos desde temprano por la mañana...

En realidad, no es temprano, pero todo el pueblo parece desierto, el comedor es el único lugar que da señales de vida. Me gustaría saludar a don Eulogio, pero nadie sabe dónde está.

Me alejo y consigo comunicarme con Brenda que por fin contesta su celular. Dice que su situación familiar es compleja y que tiene que arreglar varias cosas entre los numerosos hijos de su abuelo. Son veintitrés, de ocho esposas, está compilando un árbol genealógico y le faltan muchos datos. Todo el mundo espera aclaraciones decisivas de ella, que vive en el extranjero. Menos mal que su primo Nelson la está ayudando.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Cómo va tu viaje?

—Me estoy divirtiendo, también conocí a un patriarca con un montón de hijos como tu abuelo y aprendo algo de los tambores de aquí. No están mal, tal vez los utilice en alguna canción.

Brenda siempre es muy dulce, pero hay algo que no me cuadra. En Italia me habló de su primo como un enamoramiento adolescente. Y, además, no dice cuándo nos volveremos a encontrar.

Salimos de Cañada de los Guayacanes en dos vehículos, porque Matías tiene que ocuparse de los asuntos de su ONG en la frontera. Me subo con él y antes de llegar al cruce de Matayaya, tras varias punzadas alternas de celos e impotencia, decido quedarme en ese coche. Obviamente, le pregunto si le estoy molestando, pero me tranquiliza:

—En absoluto. Basta con que te adaptes, porque estamos entrando en Haití y allí todo es rudimentario.

Me despido de Renzo. Él sigue hacia Elías Piña en el coche del doctor Telésforo, que con su excepcional tamaño apenas cabe en el asiento del conductor. No me interesa el *bacá* y nos veremos de nuevo en un par de días. Nosotros seguimos hacia Bánica y las montañas.

Matías tiene el jeep lleno de paquetes y suministros varios. Me cuenta que su ONG opera en muchos asuntos, que hay voluntarios repartidos por todo el territorio y que cada uno necesita algo específico. Así, quien se desplaza por la frontera, también hace de cartero. La mañana es muy calurosa y Matías sugiere un chapuzón refrescante. Justo antes de llegar a Bánica, gira a la derecha y se detiene junto a una poza del Río Tocino, un afluente del Artibonito, un río legendario en estos lares, el más largo de la isla y que marca la frontera. Las aguas son muy frescas, las orillas sombreadas. Hablamos de Haití, el país más pobre del hemisferio, al que casi nadie va.

—Nada de turismo, entonces.

—Bueno, en Haití también hay balnearios para los ricos, pero desde luego no por aquí. Aquí tenemos que asegurarnos de que la gente hable entre sí y se entienda, como es su tradi-

ción. Los rayanos, los habitantes de la frontera, tienen familia en ambos lados. Debemos suavizar las fricciones con los militares y apaciguar los cien pequeños problemas de cada día.

—Oye, Matías. Quería preguntarte: ¿lo que me dijiste sobre el galipote se aplica también al bacá?

—Exactamente, mejor mantenerse alejado. Digamos que es una forma con la que los campesinos explican los hechos sorprendentes.

—¿Esta zona es más tranquila?

—¿Estás de coña? Aquí hay brujas voladoras y muertos vivos.

—Ah, bueno, pero como no son animales, supongo que Renzo no se preocupa por ellos.

—No, ya ves, eso no es lo suyo —se ríe.

En Bánica, hacemos nuestras primeras entregas entre los puestos y tiendas de un mercado.

—Estamos presentes en los mercados binacionales de las principales ciudades de la frontera —me explica Matías—. Apoyamos a una asociación de mujeres que ayuda a los haitianos a revender aquí en República Dominicana la ropa de segunda mano que reciben de Francia o productos haitianos, especialmente perfumes, jabones, cremas.

Luego, nos detenemos en Pedro Santana, un pueblo situado como Bánica en un recodo del Artibonito, marrón e impetuoso, hasta que, finalmente, tomamos la Carretera Internacional, que corre por la frontera, entre el verde y arbolado territorio dominicano, a la derecha, y los desgarrados pueblos haitianos de barro y ramas, entre colinas calvas y amarillentas, con la única sombra de unos pocos árboles frutales, a la izquierda.

Detrás del jeep corren hordas de niños semidesnudos, pero sólo en un par de lugares Matías se detiene y da un gran saco a unos chiquillos muy serios que le esperan y le dan las gracias.

—Son panes y galletas que ya no se venden en San Juan, pero que aquí son bienvenidos —aclara—. La filosofía de nuestra ONG es sencilla: lo que más agradece un marginado es que le aceptes como persona. Entonces hay que escuchar a los que

creen que no tienen voz y no valen nada, y estar dispuestos a luchar por sus ideas y sus problemas. Pero en algunos lugares el hecho de ser pobre y negro crea situaciones límite y los voluntarios se limitan a ayudar como buenamente pueden...

Seguimos hasta el pueblo de Tiroly, donde nos esperan otros voluntarios y descargamos varios paquetes. Aquí también hay un mercado muy concurrido, con todo tipo de mercancías, transportadas en camión o en mulas. Entre el humo de las estufas improvisadas, se compran o sacrifican animales, mientras los altavoces de los pregoneros ofrecen de todo, desde colchones hasta detergentes, incluso billetes de lotería y gallos de pelea. Veo que en un cobertizo maltrecho hay una escuela rural. Me asomo, las paredes laterales están abiertas y escucho al profesor que se esfuerza, sudoroso, en explicar su lección de francés. Un francés que no entiendo, pero que me parece completo, noble y sonoro, como el del palacio de Versalles. Allí, frente a una veintena de niños negros, todos más o menos en uniforme escolar y con un cuaderno de notas abierto sobre el escritorio.

Tenemos que salir de nuevo. Me advierten que mi celular dominicano no va a funcionar al otro lado de la frontera. Así que marco el número de Brenda, pero no contesta. Parece que estoy huyendo de algo: he recorrido la República Dominicana de punta a punta. Y ahora entramos en Haití, con un par de voluntarios en el vehículo y el último cargamento. Me cuentan que los políticos dominicanos se aprovechan del ambiente general de desprecio hacia los inmigrantes haitianos, que trabajan en la construcción y en la agricultura, pero que son ilegales y, por tanto, chantajeables. Los guardias fronterizos exigen un soborno en cada paso, en cada comercio. Las organizaciones de la sociedad civil son la única alternativa.

Por carreteras medio asfaltadas y medio no, llegamos con el sol ya bajo, en medio de un paisaje gris y estéril: "Los árboles han sido cortados para hacer madera o carbón".

La pequeña ciudad, más bien un pueblo grande, es una maña de caminos de tierra atravesados por bicicletas, algunas motos y camiones que pasan, repletos de mercancías. Chozas

separadas por setos de cactus y zanjas para el agua de drenaje. Un enredo de tablones y hojalata, con algunos postes de luz, alrededor de una plaza pública que se ha desmoronado, como si nunca se hubiera construido de verdad. Muy rara vez se ve una casa de blocks, y si aparece, está cercada por altos muros y vigilada por hombres armados.

—Ahí es donde viven los jefes. Es como en Sicilia con la mafia, ¿no? —me preguntan.

—No lo creo —respondo enseguida. Y de repente me doy cuenta de que nunca he estado en Sicilia. “Tengo que ir allí”, me digo siempre. Pero, en cualquier caso, no puede ser así.

Matías lleva pinturas a una artista, Christelle. Su cabaña es sencilla, pero muy cuidada y como transfigurada por cuadros de colores muy vivos, con frondosos bosques por los que deambulan animales africanos, entre arroyos y cascadas. La ONG los vende en una tienda de comercio justo en Santo Domingo. El sol se apaga después de haber dorado esos paisajes soñados. Pero los colores vuelven a saltar en cuanto Christelle enciende las escasas bombillas: son como el sello invencible de una visión exuberante y policromada del mundo que supera cualquier realidad.

Finalmente, nos detenemos en la casa parroquial, donde hay una oficina de la ONG. Todos estamos muy cansados, los voluntarios están hablando de sus cosas, preparando la salida de la mañana siguiente. Me presentan a una chica haitiana, diciéndome que viajará con nosotros, que habla inglés y que se llama Jennifer. Me confían específicamente a ella, quien me pide que la acompañe a buscar su baúl. La sigo sorprendido, sobre todo porque es de una belleza imperiosa, escalofriante. No es sólo su forma esbelta y perfecta, casi antinatural, como diseñada por Milo Manara, lo que atrae, también su larguísimo pelo negro, suelto y rizado. Los brazos que salen de su blusa de flores amarillas y naranjas, anudada a la cintura, están manchados de pequeñas cicatrices. Y en la garganta tiene una cicatriz más grande, en forma de Y.



Literalmente, no puedo apartar los ojos de ella mientras caminamos por esos lugares poco iluminados, llenos de olores y presencias indescifrables. Jennifer se da cuenta y me pregunta qué pasa.

Le digo una tontería sobre la luz de sus ojos, sólo para salir del paso, pero de veras se han convertido en mi brújula. Sonríe, levantando la barbilla. Entonces me coge de la mano en un punto en el que el camino se interrumpe por un gran agujero que hay que sortear. Actúa como esas mujeres que saben que atraen a todos los hombres, sin excepción.

Su pequeño cuarto está completamente desnudo. Sólo hay un baúl donde guarda todo lo que tiene. Se pueden ver zapatos, bolsos, tarros, bisutería en bolsas de nylon. Todavía dobla algunos vestidos ligeros y faldas cortas que cuelgan en perchas de alambre. De la última percha cuelgan grandes mechones de pelo artificial. Ve mi mirada escéptica y se ríe: “¿Creías que era de verdad el pelo que llevo? Se llaman extensiones. Aquí se usan mucho”.

Ha encendido una masa informe de cera compuesta por varias velas sobre una pequeña mesa. A la luz de su llama bailarina sigue pareciendo una criatura de hadas, pero ahora más humana, más creíble.

Cerramos el baúl y nos sentamos en la litera. Empezamos a hablar con las inciertas banalidades con las que uno se presenta a alguien que acaba de conocer, y luego vamos a lo que realmente nos importa, al nudo que tenemos en la garganta, a la alegría de un encuentro.

En un momento dado me abraza y me da un beso en la mejilla. Su aliento huele a heno dulce, a té de flor de Jamaica.

—Sabes, —me dice—. Estoy muy contenta de salir de aquí. No quiero volver nunca. La ayuda que ustedes me brindan mañana al llevarme al otro lado de la frontera es inestimable.

Apoya su cabeza en mi hombro. Acariciando las cicatrices de su brazo pregunto:

—¿Cómo te las hiciste?

—Con fuego.

—¿De niña?

—No, ya era una muchacha. Acababa de terminar el instituto.

—¿Pero, cómo?

—No quiero contar la historia ahora. Hay muchos locos por ahí.

—¿Y dónde te trataron?

—En un puesto de salud, luego las mujeres, con ungüentos de hierbas. Según ellas incluso con magia.

Pienso que no le ha ido muy bien: se siguen notando mucho la cicatrices, repartidas por ese cuerpo de gracia absoluta. Pero no se lo digo. Le pregunto en cambio, señalando sus vaqueros:

—¿También tienes algo en las piernas?

—En el lado izquierdo, sólo unas pocas cicatrices... En su momento me parecieron muchas, pero no son tantas y ya se están curando: he encontrado unas cremas estupendas. Cuando ocurrió, lloré durante meses, pero un día dejé de llorar. Fui a Kap Ayisyen, para conseguir mi pasaporte. Y entré en la República Dominicana por mi cuenta.

—¿Y qué hiciste allí?

—Lo que pude —responde tras un titubeo—. Pero también conocí a buenas personas, como la gente de la ONG.

—¿Y tu familia?

—Mejor tenerlos lejos, créeme.

Se aparta de mí, da media vuelta, me mira directo a los ojos con una palabra colgando de sus labios, los más bellos del mundo.

Pero ella no la dice, yo tampoco digo nada, perdido en observarla mientras las velas se consumen y se apagan. Luego cuenta:

—Ahora voy a volver a la República Dominicana, porque hay un buen hombre, un negro americano que conocí por internet y que viene como turista. Me llevará a los Estados Unidos. Por eso he perfeccionado mi inglés. Allá hay clínicas en las que las cicatrices casi desaparecen.

De golpe, me doy cuenta claramente de que no volveremos a vernos:

—Al menos déjame tu contacto de *WhatsApp*.

Me alcanza su celular. Por suerte está en inglés. Anoto mi número, esforzándome por no mirar a los demás. No se me ocurre ninguna alternativa a su plan, con todos los problemas que nos rodean.

Cada uno de nosotros agarra un asa del baúl y lo llevamos a la casa parroquial en medio de la noche haitiana. Como si ese modesto ajuar de chica fuera el tesoro máspreciado del Caribe.

#### ◁ 4 ▷

En el viaje de vuelta a San Juan de la Maguana nos acompaña otro cooperante que es un fanático del merengue, la bachata y el reguetón. Pone música sin parar en el jeep, muy alta. A mí me parece que estas canciones siempre necesitan un reajuste: quitaría algo y añadiría otra cosa. Debe ser una deformación profesional. Pero me dejo aturdir como si fuese una canción de cuna. Jennifer baja con su baúl y se despide de nuevo con un beso. Hay una amiga esperándola, que también parece haitiana.

El cooperante me recomienda el carnaval de La Vega, en el Cibao, dice que es el más bonito de la isla y que ya está en pleno apogeo. Añade que se puede tomar un autobús directo desde Santo Domingo. No tiene que estar lejos de donde fue Brenda, hoy le propondré esa idea.

Pero la llegada de Renzo al bar donde hemos quedado de reencontrarnos lo altera todo. Ante mi petición de revelaciones sobre el bacá, huye:

—Hablares de ello más tarde, ahora mismo hay un gran problema.

—Solo eso nos faltaba.

—Habrás oído hablar del virus que surgió en un mercado chino por el contacto con animales salvajes, ¿verdad?

—¡Renzo, por favor, no vuelvas a sacar el tema de los hombres lobo!

—Je, je, je... veo que estás saturado. Sólo te diré que el colega

chino con el que intercambio correos electrónicos es un experto en Jang Shi, los zombis de allí. Pero aparte de eso, los datos que me envía no dejan lugar a dudas: la epidemia puede ser muy peligrosa. De hecho, Italia ya ha bloqueado los vuelos hacia y desde China. Pero ahora han aparecido casos alrededor de Lodi y en el Véneto. Lombardía parece ser la zona más afectada y nuestro vuelo aterriza en Milán. Así que es mejor no arriesgarse y volver lo antes posible.”

—¿Qué quieres decir? Todavía me quedan casi diez días de vacaciones.

—Aquí por ahora la enfermedad no ha llegado. Pero tarde o temprano un turista o un emigrante dominicano volverá y traerá el virus. Por no hablar de que los vuelos a Italia podrían cerrarse.

—Mira, Renzo, siempre me has parecido un tipo razonable, dejando de lado tus rarezas. Pero ahora exageras.

—Ya veo. Ten en cuenta que te habla el médico, no el experto en licantropía. Ahora vamos a volver a Punta Cana y allí jugaré mis cartas para que nos monten a mí y al grupo de mi mujer en el siguiente avión. Tú haz lo que quieras. Pero piénsalo, esto no es una broma.

Llamo a Brenda y le propongo lo del carnaval de La Vega. Ella me responde con una serie de excusas, diciéndome que su situación es muy complicada, que está enmarañada y que no puede ir conmigo. Entonces le hablo de la epidemia china que amenaza al mundo y se ríe con ganas. Me aconseja que vuelva al resort y la espere allí. Le digo que la princesa de Haití me ha convertido en un zombi. Vuelve a reírse a carcajadas. Es entonces cuando se rompe la comunicación. Sale un mensaje, se lo enseño a Matías: quiere decir que tengo que recargar la línea del celular.

Regresamos, rápidamente, por la carretera, pero sólo podemos llegar hasta Azua. Desde el hotelito entro a mi correo electrónico y hay mensajes de amigos y compañeros aludiendo al virus, a la precaución y zozobra que ya circulan en el ambiente. Al día siguiente llegamos al resort y nos despedimos de Matías. Punta Cana no parece tener nada que ver con el resto de la isla,

al fin y al cabo, las zonas turísticas son así en todas partes. Pero yo ahora disfruto mucho de la playa, las bebidas y el buffet. Porque ya sé que en cuanto Renzo me ofrezca un asiento en el avión diré que sí.

Recuerdo, de niño, cuando me contaban esos cuentos de hadas en los que el rey emite una proclama según la cual quien superara una determinada prueba obtendría la mano de la princesa. Yo me identificaba con el caballero vencedor, como todos, pero no podía evitar pensar en los perdedores, en los que no conseguían realizar la hazaña requerida y acababan siendo devorados por el dragón o se perdían para siempre en las brumas del “y nunca más volvieron”. Sea quien sea mi princesa, Brenda o Jennifer, tengo el maldito presentimiento de que otro caballero la merecerá.





**LA TRINIDAD VENEZOLANA**

---





< 1 >

No sé cómo fue que respondí:

—No se preocupe, abogado, puedo viajar.

Realmente estaba harto del trabajo en ese bufete de abogados tras casi un año cumpliendo con todo tipo de encargos para esos que te miran como si estuvieran haciéndote un favor. No me parecía verdad que me pidieran que saliera de viaje y además solo. Tal vez debería haber prestado más atención. De hecho, el jefe había mencionado:

—Encontramos un pasaje de avión y el hotel -incluye las comidas- ya está pagado por diez días. Allí te explicarán cómo moverte. El traslado desde y hacia el aeropuerto está reservado. Ten mucho cuidado: Caracas es una ciudad peligrosa, no salgas de noche. Este dinero es para gastos pequeños. Nos mantenemos en contacto por Internet.

Pero la misión, aunque fuera muy imprecisa, casi para un detective, me intrigaba:

—Nuestro cliente es muy rico. De hecho, no le interesan los bienes del pariente fallecido, que se peleó con la familia y hacía muchísimo tiempo que no sabían nada de él. Quiere saber qué pasó exactamente, cómo vivía y si dejó descendencia en Venezuela. Es inútil ir a la Embajada. Sólo mandaron el certificado de defunción, que por otro lado consiguieron de casualidad, pero no saben nada más. Giuseppe Foglienzi no era miembro de ningún club italiano, probablemente no le importaba su patria. En

este dossier están los pocos datos que tenemos.

Además de saber español, me preguntaba por qué habrían elegido a un recién graduado en Derecho. Ahora lo entiendo. Nadie querría venir aquí y no esperaban ningún resultado. Pero aquel cliente era demasiado importante para negarle ni siquiera un capricho.

—Acuérdate de sacarte selfis en los lugares y con la gente. Solo tenemos que demostrar que lo intentamos. Si puedes descubrir cualquier cosa, tanto mejor.

Desde el aeropuerto de Maiquetía hay una autopista que ha visto mejores tiempos: sube por la montaña, luego la deja a la izquierda, muy verde, bajo un cielo esplendoroso y entra en la ciudad entre filas de edificios altísimos. El taxista me dibuja un panorama bastante aterrador. En el hotel hay guardias armados, me repiten que no puedo por nada salir solo, menos que menos por la noche y que el hotel tiene un piano bar y televisión con canales en todos los idiomas. Por suerte, durante el Erasmus de Barcelona, conocí a un venezolano, Luis Alberto. Él estudió Ciencias Sociales. No es que fuésemos muy unidos, pero de vez en cuando nos escribíamos. Sé que es investigador en una universidad, está casado y tiene un hijo. Luis Alberto me había anticipado la misma información que todos me repiten, pero me dijo que viniera de todas formas, que debo ver Caracas ahora, que se ocupará de mí. No tenía muchas opciones y aquí estoy. Le avisé por *WhatsApp* y ya está en camino al hotel.

## ◁ 2 ▷

Luis Alberto y su esposa Florángela viven en un pequeño apartamento. Está en un gigantesco condominio en ruinas. Sus habitaciones dan la sensación de una mudanza en curso: todo está en cajas, con muebles improvisados, salvo por las paredes –cubiertas de pinturas y dibujos: Florángela es pintora– y por las pilas ordenadas de libros. La cocina también está bien equipa-

da, pero no hay casi nada para comer. O, mejor dicho: todo lo que hay es para el niño.

—A Dios gracias los padres de Florángela viven en el campo y a veces nos traen algo. Aquí, si es que encuentras comida, los precios son imposibles. ¡Estamos todos flacos, todos a dieta!

Luis Alberto resuelve mi problema de pagar en un país sin dinero en efectivo al darme su tarjeta de crédito local, pero me advierte que no tiene mucho saldo y le llevará un par de días cambiar mis euros en el mercado negro y depositarlos allí. Con la tarjeta de crédito italiana me aplicarían el tipo de cambio oficial, infinitamente más bajo que el real, que se publica a diario en la página *dolartoday.com* y sube de hora en hora.

Fuimos a la dirección que dio Giuseppe Foglienzi en el hospital, pero el número no existe. En las casas cercanas nos dijeron que no lo conocían. Después fuimos directamente al hospital, bastante destartado, donde un joven médico nos dice que es imposible hacer la búsqueda. En medio de los enormes problemas que tienen no hay suministros y no saben con qué tratar a la gente, enferma por la propagación de las epidemias. Pero luego buscó en unos archivos de la computadora y encontró que Foglienzi llegó al final de su vida y se le expidieron dos certificados de defunción: uno para la embajada italiana —porque lo habían registrado como italiano— y otro para la familia, que lo había retirado. Así que hay una familia que buscar.

Logramos convencer al doctor de que se tome un café con nosotros. Me viene a la mente mi tío: muy izquierdista, quien antes de partir me contó varias cosas sobre Venezuela, así que en la conversación saco la historia de los médicos cubanos que llegaron por solidaridad. Me miran sorprendidos:

—Se fueron, muchos no volvieron a su país, aquí sólo quedan los militares y los espías cubanos. Hasta buenas personas eran algunos, pero los estudios de Medicina en Venezuela no están para nada atrasados. Y como quiera que sea le pagamos a los cubanos con una gran cantidad de barriles de petróleo.

En el camino, de regreso a su casa, Luis Alberto sigue:

—Somos un país colonizado por Cuba: controlan la seguri-

dad nacional, los servicios secretos, las fuerzas especiales. Fidel Castro condicionó y dirigió todos los movimientos de Chávez. Parecía imposible terminar peor que Cuba, pero lo hemos conseguido: ahora estamos peor que ellos tras la caída del Muro de Berlín.

Luego me cuenta sobre sus clases en la universidad: a veces falta el agua o la luz y cada semana algunos de los estudiantes o colegas salen de Venezuela y se van de repente.

—Muchos amigos están en el extranjero, con mejor o peor suerte.

Caracas está hecha polvo, por decir lo menos, se puede entender que en otros tiempos debió ser rica, bella, efervescente de cultura y diversión. Ahora parece una ciudad muy triste, recorrida por gente preocupada y asustada, con largas colas frente a tiendas casi vacías. Analizamos el problema de movernos por la ciudad. Luis Alberto le pregunta a su esposa quién puede llevarme.

—Mi hermana puede hacerlo —responde Florángela.

—¿Tilta? No sé quién es más peligrosa, Caracas o tu hermana.

—¿Conoces a alguien más que vaya a cualquier parte cuando le da la gana? Hablaré con ella.

### ◁ 3 ▷

Tilta viste de motociclista. Sobre el casco, un destello dorado. La cara llena de pecas, ojos muy oscuros, pelo corto y rubio claro. Me escruta. Es tan alta como yo.

—No tienes vínculos con Venezuela, es la primera vez que vienes aquí, ¿no?

Y cuando se lo confirmo, acepta:

—Se puede arreglar.

Así que me subo a la silla de su motocicleta de gran cilindrada, de marca imprecisa, probablemente fruto de la combinación de varias motocicletas.

—No hay más piezas de repuesto. Solo funcionan los motores de quienes los saben arreglar. En cambio, la gasolina no cuesta nada.

Me muestra que en el río Guaire —un torrente pestilente que atraviesa la ciudad, una cloaca al aire libre— hombres y niños con tamices o con las manos buscan joyas, pero también se conforman con piezas de metal para vender.

—Rebuscan también en la basura, por supuesto, pero ahí no se encuentra casi nada.

Luego sube una colina desde donde se puede ver la inmensa ciudad de edificios y favelas extendidas sobre el valle a 900 metros. Le digo que me gustaría buscar la tumba de Giuseppe Foglienzi y le pregunto si sabe dónde podría preguntar.

Sacude la cabeza:

—Déjame a mí. ¿Tienes la tarjeta de crédito de mi cuñado? Bueno, vamos a comprar harina.

Descendemos por una bajada a una velocidad poco recomendable y —saltando sobre parterres e islas de tráfico— acabamos en una zona de barracas detrás de un paso elevado. Allí Tilta entra en un patio, regatea un poco con un *bachaquero* —un comerciante de productos del mercado negro— y mete en las alforjas de la motocicleta varios paquetes de harina de maíz precocida marca Pan.

—Es para las arepas y las empanadas. Ya las probaste, ¿verdad?

Como no las conozco, me lleva a probar estas frituras y *focaccinas* rellenas.

Luego, con moto y todo, entramos al Cementerio General del Sur. Tilta va directo a un grupo de personas. Podrían ser sepultureros, a juzgar por las palas y otras herramientas, aunque tienen unas caras poco recomendables. Negocia la búsqueda de la tumba de Giuseppe Foglienzi, enterrado hace poco. Promete primero dos paquetes de harina, luego llega a tres. Nos hacemos a un lado y esperamos a que la encuentren.

—Es el cementerio más grande de Caracas, no está lejos del hospital que dijiste, los traen después aquí cuando están apura-

dos, pues ni controles hay.

En ese momento me doy la vuelta y capto algo muy extraño: los monumentos funerarios están casi todos rotos, varias fosas están abiertas, pueden verse escombros y restos de ataúdes alrededor de nosotros. Caminamos entre las sepulturas y es así en todas partes: hay hasta huesos dispersos.

—Abren las tumbas en busca de objetos preciosos, o el oro de los dientes y anillos, o quizás incluso para rituales de brujería... el cráneo porque piensa y el fémur porque camina... Es una lástima a lo que nos han reducido... imagínate, hasta la tumba de Rómulo Gallegos la profanaron...—comenta Tilta.

Nos llaman y juran que nos llevarán a los restos de Giuseppe Foglienzi. Vamos en motocicleta y no soltamos la harina hasta que veamos la lápida. Está, en efecto, en una esquina apartada. Es muy sencilla: el nombre y las fechas. Pero está intacta.

—Saben que los que mueren ahora no llevan nada consigo. Así que las muertes recientes valen menos.

Me arrodillo, acaricio la escritura y dedico un pensamiento al desconocido que me mandaron a buscar. Soy demasiado torpe para decir una oración, pero hago como si lo hiciera. Luego tomo varias fotos con mi teléfono móvil y hago un mapa del lugar, anotando todo lo que pueda servir para volver a encontrar la tumba.

—¿Por qué dices que tuvieron que enterrarlo rápidamente?  
—le pregunto a Tilta.

—Porque me parece que tu difunto no era de Caracas.

◁ 4 ▷

Luis Alberto me lleva a visitar el Centro Histórico, donde está la casa natal del Libertador. Un puesto embanderado vende discos de Chávez cantando canciones tradicionales. En la tapa: el “comandante eterno” a caballo, como un auténtico llanero, sonriente y vencedor.

No sé si comprarle un disco a mi tío.

Luis Alberto me explica algo más:

—Al principio, Chávez, indudablemente, tenía carisma para los venezolanos. Pero luego identificó el socialismo con el estatismo, nacionalizó sin ton ni son y les entregó las empresas a corruptos incompetentes, por no mencionar el militarismo y la impunidad general, puesto que el Poder Judicial está en manos de los chavistas. Pero el colapso final vino con Maduro. Hoy solo una minoría apoya al gobierno, ese apoyo lo obtienen por coerción en el caso de los trabajadores estatales, o por chantaje, te dan bolsas de comida sólo si tienes el *carnet de la patria*, que te define como oficialista. El aparato militar y la policía, además de reprimir, está involucrado en redes de asuntos ilícitos. Maduro permite a la alta dirección del Ejército enriquecerse descaradamente con el mercado negro y los sobornos a las importaciones, pero también con una empresa militar específica para la explotación ilimitada de la riqueza mineral del subsuelo. La apertura de nuevos territorios a las multinacionales provocará un genocidio de los nativos y destruirá el medio ambiente. Ya ahora buena parte de Venezuela, sobre todo el sur —los estados Amazonas, Guárico, Apure, Bolívar y Delta Amacuro— está en manos de delincuentes, mafiosos, narcotraficantes, irregulares armados, guerrilleros colombianos y paramilitares.

Más tarde regreso al sillín trasero de Tilta: cruzamos la ciudad a una velocidad vertiginosa, haciendo un espeluznante escalon entre los automóviles y entramos en Petare (al extremo este de la ciudad): pequeñas casas de ladrillo, a veces reducidas a bloques de cemento, madera, plástico, todo apilado entre la mugre. Con la moto, Tilta se desliza por senderos y sube escalones, al final entra en un garaje improvisado. Lo cierra inmediatamente con un candado. Bajamos y tomamos un sendero muy estrecho entre indefinibles tufos húmedos y miserables. Llegamos a una sala donde nos espera Gelson sentado frente a un altar con muchas estatuillas de cerámica que representan santas coquetas, bronceados indígenas con arcos y flechas, madonas, generales, negros con machetes, niños Jesús... también hay un tipo con bata de médico, un piel roja y un vikingo barbudo. Una

gran vela azul arde. Gelson me hace sentarme, me ofrece un cigarro –lo enciendo por cortesía– y un vaso de licor. Es muy fuerte y seco, huele a hierba o a madera macerada, tiene un vago toque de tequila.

—Es cocuy, un destilado de agave, un poco menos de 50° —dice Tilda.

Veo a Gelson mirándome a través del humo de su cigarro. Para romper el hielo, utilizo las sugerencias de mi tío y pregunto si la vida en esos barrios pobres ha mejorado con el chavismo.

—De vez en cuando ha llegado algo de asistencia social y mucha retórica. Pero también han armado y protegido a los colectivos. Son unas bandas que ahora actúan por su cuenta. La diosa dijo muy pronto que Chávez estaba engañando al pueblo. Al principio, en la Corte Libertadora, junto a Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, Rafael Urdaneta y Rómulo Betancourt, estaba su retrato, pero lo quitaron. La población ahora está hambrienta y sedienta. Falta todo, incluso medicamentos y los servicios públicos más básicos. Nadie cree en el gobierno, lleno de gente corrupta, que además envía periódicamente a la policía para reprimir a los que tienen el valor de protestar. Aquí los niños dejan la escuela para convertirse en carteristas o narcotraficantes...

Pregunto quién es la diosa.

—Ella, la reina, María Lionza —dice Tilda, señalándola.

En el centro del altar la estatuilla más grande representa a una mujer morena; semidesnuda, cubierta sólo por un velo celeste, coronada y montada en una danta, levanta en alto *algo*.

—Es un hueso pélvico femenino. A su lado están el Indio Guaicaipuro y el Negro Felipe. Juntos forman la Trinidad venezolana. Ellos son los Tres Poderes.

Tilda intercambia una mirada con Gelson y añade:

—Tú tienes que encontrar la pista de tu italiano. Nosotros queremos hacerle unas preguntas a la diosa. Tú puedes ser el intermediario y todos tendremos las respuestas que buscamos.

Esa noche la motociclista burla a la guardia del hotel y –comiéndose un semáforo tras otro– me lleva por avenidas casi de-



siertas. Luego frena frente a una librería en la Plaza Altamira.

—Esta es la resistencia. Salen, aunque no se pueda, aunque sólo hayan cenado una sopa. Esta noche celebran a un escritor especial, José Balza. Le han publicado una colección de cuentos. Él nos enseñó a leer, escribir, escuchar música y ver películas. Ven, entremos.

Tilta saluda a todos y sonrío feliz. Es muy bonita cuando sonrío. La acera frente a la librería está iluminada por cientos de velas multicolores. La gente conversa en la calle, con un libro o un vaso en la mano, en un desafío para recuperar centímetro a centímetro la noche de Caracas.

◁ 5 ▷

Me encuentro con un correo electrónico del bufete: agradecen las fotos del cementerio y me envían la dirección de un empresario venezolano que recordaron. Dicen que está muy conectado –metido en todas partes– y podría serme útil. Pero Tilta se niega a llevarme allí, juzgándolo como un espantoso *bolichico*, es decir, un exponente de la burguesía bolivariana desenfrenada nacida con el chavismo, y tengo que ir en taxi. El edificio es gris y está muy bien custodiado: hay un ascensor que sólo conduce a las plantas superiores, donde se encuentra la oficina financiera. Sigo al guardia armado que me acompaña a través de un laberinto de pasillos y habitaciones con puertas abiertas. En una hay un tipo durmiendo, en otra los soldados están jugando dominó y otra está llena de paquetes. Luego llegan las secretarias y finalmente la sala de espera frente a la oficina del jefe, custodiada por un ujier. Iván Gabriel me recibe de lo más cordial. Es lo contrario de lo que esperaba: joven, robusto, unos años mayor que yo, vestido casualmente (casi modesto), la energía le sale por todos los poros. Detrás del escritorio hay tres grandes retratos: un Bolívar casi mulato, Chávez con el puño en alto y el Che Guevara pescando. Aquí sí que las fórmulas de mi tío pueden serme útiles. Me pregunta cómo veo a Caracas. Por

supuesto que no le digo. Al contrario: le suelto lo de las dificultades de un país sometido a la guerra económica por el Imperio. Pero me corta en seco:

—Es apenas un período. Hacemos y haremos buenos negocios con todos, hasta con los Estados Unidos.

Le doy la información que tengo sobre Giuseppe Foglienzi y le pido en nombre de la empresa que rastree a la familia. Llama a un colaborador y le pasa la tarea. Más allá de las ventanas de la oficina se puede ver el valle de Caracas, la gran montaña, el cielo cubierto de nubes blancas.

—Vas a conocer esta ciudad. Haré que te recojan en el hotel hacia las siete.

Otro que no tiene miedo de salir por la noche.

La lujosa *Hummer* en la que se mueve Iván Gabriel tiene un equipo de discoteca y suena Guaco, la “Súper Banda de Venezuela”. Esta “todo terreno” es precedida y seguida por dos carros llenos de guardaespaldas. Iván Gabriel me presenta a su novia, una delicada chica envuelta en sedas vaporosas. También él está bien vestido. Cenamos en la urbanización Las Mercedes, en un restaurante de carnes –especializado en asado a la llanera– con finos vinos argentinos y chilenos. Hay de todo y más. Y se nota más aún en el contexto de la carestía. Iván Gabriel es muy simpático, bromea sobre cualquier cosa, hasta sobre Maduro, a quien no le ahorra ni una burla. Hace reír hasta a su etérea novia. Luego vamos a un bar de moda con músicaailable e Iván Gabriel me lleva aparte para pedirme un favor: debo seguirle el juego y confirmar que al día siguiente tenemos que salir de Caracas juntos por negocios confidenciales, volveremos al día siguiente. La novia es de la altísima sociedad y el proyecto personal de Iván Gabriel no la incluye. No me gusta mentir, ¿pero puedo decirle que no?

Nuestra caravana blindada recorre la ciudad fantasmagórica, llevamos a la novia a casa y cuando estamos solos Iván Gabriel saca un *pendrive* y me muestra en la pantalla interior de la *Hummer* su “proyecto personal”: una morena muy grande, que

parece salir de un cómic escabroso, retratada con un bikini microscópico. Confortado por la perspectiva de tal compañía, me concede con generosidad que le pregunte qué quiero. Y yo, con mi inefable carota, le digo que siento no poder moverme por el país y que he oído hablar tanto del Parque Nacional Canaima, la gran indicación turística de mi tío.

—Claro —dice sin pestañear—, si ahí están las fuentes del Caroní, el río que nos da electricidad. Tienes suerte, realmente tengo que enviar a uno de los míos para que considere comprar una casa de campo y un pedazo de tierra. Ahora no hay casi turismo ya, pero volverá y hay que estar preparado. Puedes ir con él. En un vuelo regular hasta Puerto Ordaz y luego en una avioneta.

Es una locura, pero en realidad dos días después llego a Canaima, al pie del Macizo Guayanés. El pequeño aeropuerto está medio vacío. Dicen que solo vienen algunos en los fines de semana. Pero en cuanto se llega al borde de la laguna el espectáculo es imponente y suave al mismo tiempo: el rugido de las gigantescas cascadas del río Carrao, las aguas oscuras y espumosas, la selva fluvial, a lo lejos los tepuyes -montañas de cima plana- con las finas y muy altas cascadas que descienden a lo largo de sus paredes rocosas, las palmeras que germinan en el agua, los arcoíris entre las salpicaduras y las nubes. Wilmar, representante de Iván Gabriel, pide mi opinión sobre el hotel ecológico, que me parece magnífico, a pesar del descuido, con ese increíble paisaje frente a él. Busco un guía con canoa, pero dicen que falta gasolina. ¿Cómo es posible, si Venezuela tiene las mayores reservas de petróleo del mundo? Parece que llega poca y va a parar a las minas de oro ilegales. Al final, gracias a Wilmar, conseguimos algunos bidones. Salgo de Ucaima y me quedo fuera todo el día, alrededor del Auyantepui. Por la noche estoy rendido, pero aún no me recupero de la maravilla. El único lugar abierto es una cabaña con un grupo de rusos gritando, bebiendo y cantando. Es el único ruido bajo las estrellas sin fin. Salimos al día siguiente muy temprano en el avión.

◁ 6 ▷

Hay unos 350 kilómetros para llegar desde Caracas al estado Yaracuy, en la montaña de Sorte, el palacio natural de María Lionza. Los caminos son buenos y no dan miedo, pero Tilta corre como un demonio y adelanta a todo el mundo. Por suerte cada tanto nos detenemos. Entonces puedo preguntarle sobre el ritual.

—El hermano Gelson dice que puedes servir, pareces el tipo justo. Necesita una persona de afuera de Venezuela y extraña al culto. Te vamos a velar mientras duermes. No te preocupes, no correrás ningún riesgo.

—¿Pero tú crees en eso?

—Yo no creo en nada —me contesta con una mueca—. Vamos a entendernos: Chávez era supersticioso, con él se puso de moda la santería cubana, su tumba es un destino de peregrinación. Pero quiero que la dictadura termine y si la diosa habla, eso ayudará. Que una cosa quede clara: la diosa es sólo luz y bondad. No tiene nada que ver con la brujería.

—Háblame de María Lionza.

—Viene de la madre indígena del agua y de la selva, la Yara, pero es un culto sincrético, es también la anaconda, Yemayá, la Virgen María y quién sabe qué más. La *onza* que la protege es el yaguarondi, un felino salvaje. La pintan a horcajadas sobre una danta, es decir, un tapir. Guaicaipuro fue un cacique de la resistencia indígena contra los conquistadores, Felipe un negro antiesclavista rebelde del siglo XVI. Creo que simbolizan las razas que se han mezclado en los venezolanos. Luego están las Cortes de Espíritus que los acompañan, pero es una larga historia.

Por fin llegamos a la montaña de Sorte. Encontramos altares bajo cortinas y marquesinas y también en mampostería. Hay una colorida explosión de estatuas, bustos e imágenes, como las que vi en Petare, con velas multicolores encendidas, ofrendas de flores y frutas. Cruzamos un río y encontramos al grupo de Gelson esperándonos. Allí dejamos la motocicleta y subimos

la selva, hacia el portal sagrado, en una fuente, en medio de la espesura del monte. Nos encontramos con pequeñas casas de metal y madera, tan grandes como colmenas, con imágenes en su interior –y otras estatuas al pie de grandes árboles– y dibujos realizados con ceniza o yeso en los espacios abiertos del suelo. Cuando llegamos al lugar elegido, esperamos a que sea de noche fumando puros y bebiendo cocuy. Los fieles cantan canciones acompañados por una guitarra. Al caer la luz dibujan una gran figura en el suelo con talco blanco y me hacen acostar dentro de ella, rodeándome con velas encendidas.

—Es la capilla magnética, o sea, el oráculo desde donde le vas a prestar tu voz a la diosa —dijo Tilta. No hay nada que me preocupe. Rellenan con pétalos de flores y semillas algunos espacios donde las líneas del dibujo se cruzan.

Tilta me dio un té de hierbas mezclado con cocuy. Luego me recita susurrando, como una nana, los nombres de los espíritus de las Cortes de la Reina, empezando por la indígena:

—Urimare, Yoraco, Cayaurima, Naiguatá, Tamanaco, Sorocaima, Baruta, Churuguara, Terepaima, Arichuna, Tiuna, Paramaconi, Barquisimeto, Guaicamacuto, Jirajara, Maracay, Catia, Nurachí, Coromoto, Guaicamacuare, Yarúa, Arichuna, Paramacay...

La oigo y no la oigo, pero la veo sonreír y de verdad es muy bonita cuando sonrío. También hay una Corte de los Juanes:

—Don Juan del Tabaco, Don Juan de los Caminos, Don Juan de las Aguas, Don Juan de los Suspiros, Don Juan de los Cuatro Vientos, Don Juan del Amor, Don Juan del Desespero, Don Juan de los Encantos, Don Juan de la Luz, Don Juan del Dinero, Don Juan del Borracho, Don Juan de los Tesoros...

Y con esta letanía en la boca, me quedo dormido.

Despierto en medio de la noche fresca y suenan muchos tambores alrededor, salidos de quién sabe dónde. Estoy en una hamaca amarrada entre dos árboles. Veo, no muy lejos, la figura dibujada en el suelo donde yo estaba, todavía llena de velas y ahora también de botellas y frutas. Bajo y me encuentro ante Tilta.

—¿Cómo fue todo? —le pregunto.

—Maravilloso. Hablaste, la familia de tu italiano difunto está en Juan Griego, en la isla de Margarita, en la costa del Caribe. Te llevará a ellos el padre Tiburcio, en el santuario de la Virgen del Valle.

—Caray, no será fácil llegar allí...

—¿Por qué? Tu amigo *bolichico* te encontrará un pasaje de avión.

—¿Y qué hay de ti?

—Te lo resumo, porque no te interesa el resto, el régimen caerá y será doloroso. Maduro debe asumir su segundo mandato en enero del año que viene, ahora sabemos que no lo completará.

◁ 7 ▷

De Iván Gabriel me llega la noticia de que el único rastro de Giuseppe Foglienzi es una pizzería de su propiedad en la localidad margariteña de Juan Griego. Parece que estoy destinado a excursiones muy rápidas en mis días venezolanos. En el santuario de la Virgen del Valle encuentro al Padre Tiburcio. Viejo y casi sordo, recuerda bien a Giuseppe. Sabe que ha fallecido y me da una dirección. Así me topo frente a Migdalia y a su hijo. No es fácil superar sus recelos, pero me esfuerzo y al final confían en mí. Giuseppe tuvo un infarto fulminante en Caracas, donde habían ido a acompañar a su otro hijo, que se marchaba a vivir al extranjero. La pizzería ahora está a nombre de sus hijos: llevan su apellido, pero tuvieron que cerrarla por la crisis. Foglienzi no quería saber nada de Italia, no tenía ningún vínculo allí. Pero ella había preparado una carpeta con algunas hojas en italiano. Echo un vistazo: cartas, documentos antiguos y algunas fotos descoloridas.

—Era para Italia, en caso de que alguien apareciera, así que puede llevársela.

Es mucho más de lo que esperaba. Les aseguro que nadie

los molestará. Y no me hago un selfi con ellos. De hecho, lo decido inmediatamente: no diré que los conocí. La casa es bonita, desde las ventanas se puede ver el mar. Sus rostros también son serenos. Les cuento que vi la tumba de Giuseppe en Caracas.

—Esa fue una formalidad. Lo incineramos y esparcimos sus cenizas aquí en el mar abierto.

Juan Griego es una hermosa bahía con lagunas y una fortaleza y montañas al fondo —en la parte norte de la isla— cerca de hermosas playas. No será difícil recuperarse cuando los turistas regresen. Quizás el otro hijo emigrante regrese también para dirigir la pizzería.

Vuelvo rápidamente a la capital porque se me acabó el tiempo. Luis Alberto y Florángela están muy contentos de que haya cumplido mi misión y sobre todo de que no me haya topado con ningún *malandro*, los famosos criminales locales. Hasta el niño agita las manos y grita de alegría. Bien, si es así, quiere decir que hay algún futuro. Tilda aparece en el último momento. Bloquea el taxi con su motocicleta para darme una botella de cocuy artesanal.

—El año que viene habrá una celebración. Así que tal vez la próxima vez no invites a las chicas a un cementerio.

Ni siquiera se quita el casco, que tiene la visera baja. Pero sé que sonrío.







**LA MEDIA HORA  
DEL FARANG**

---



Diferentes tipos de personas van a Tailandia. Los turistas occidentales, o farang, que realizan cruceros, estancias en la playa, especialmente en las islas Phuket y Samui y los archipiélagos circundantes, o recorridos por diversos lugares. Se suben a los elefantes, admiran las orquídeas y los mercados flotantes, compran estatuillas de bailarinas y tejidos. Los que no quieren ser turistas, es decir, los ruteros, post hippies, alternativos light, etc., no se pierden, por supuesto, Khao San Road en Bangkok, así como Chiang Mai y Chiang Rai en el norte, con caminatas en chancletas entre tribus variadas. Luego están los turistas asiáticos, que visitan el país como nosotros visitaríamos París, arrastrando con monumentos, museos y restaurantes. Y, por último, están los adictos al sexo de barril, que han escuchado fantasías sobre los distritos de Bangkok, como Patpong, o la walking street de Pattaya como rutilantes concentraciones del placer de pago.

Valerio había ido hasta allí principalmente intrigado por el encanto erótico oriental. De hecho, se había creado una especie de conjunción astral. Ese invierno, una colega tailandesa había venido a su banco en Milán para formarse con vistas a la apertura de la sucursal de Bangkok. Sumalee era tan sonriente y amable: gentiles reverencias, pelo muy negro, piel muy blanca, ojos almendrados maquillados como mariposas nocturnas... y al pasar dejaba un rastro de chistes y bromas pesadas tras de sí. Valerio había hecho todo lo posible por ayudarla, con respetuosa paciencia, durante sus prácticas. En Milán se sentía cohibido por el contexto, pero tenía muchas ganas de volver a verla. Y luego Riccardo, su amigo de la sucursal londinense, un tipo muy

ambicioso, llevaba tiempo sugiriéndolo:

—Busquemos una excusa y reunámonos allí en Bangkok, conozco dos o tres sitios fuera de serie.

Riccardo quería recobrar su reputación con el amigo tras la decepción del chispeante fin de semana en Tallin en el que había involucrado a Valerio. Lo había organizado todo impecablemente. Les esperaban dos conejitas playboy rubias platinadas, jóvenes y muy altas, y el viernes mismo se fueron con ellas a la discoteca. Las chicas estaban siempre a su lado, en dos habitaciones dobles.

—¿Ves lo obedientes que son? —dijo Riccardo. —¡Hacen todo lo que les pides!

Hablaban en inglés. Valerio dominaba bastante el inglés escolar, aunque apenas se había movido de Milán. Era un empleado de back office, que resolvía problemas. Escondía lo que había que tapar y sacaba a la luz lo que había que encontrar. Él sólo era una pieza de una larga cadena que no controlaba. Y tenía algunos clientes especiales a los que seguía personalmente, pero siempre en nombre del banco, por supuesto, sin iniciativas extrañas o individuales. No le faltaba dinero, incluso teniendo en cuenta la pensión alimenticia a su ex mujer y el apartamento y el coche de lujo. Le gustaba sentirse bien. De vez en cuando puede que alguna extravagancia, siempre que esté bien controlada. Como Estonia. No tenía el entusiasmo gimnástico de Riccardo, pero sabía aprovechar sus oportunidades. Sólo que su estonia, Tiina, estaba fría como un témpano. Realizaba cualquier posturita como una muñeca animada. Cuando él trató de explicarle que le gustaría un ambiente más romántico, ella bajó las luces, puso una recopilación de baladas y comenzó a mimarlo con caricias de limpiaparabrisas, en una secuencia exacta. Había tenido que fantasear mucho y decir un popurrí de groserías en voz alta para conseguir un tono remotamente épico. La segunda noche, ella había intentado decir algo picante en inglés y, por Dios, él casi se murió de la risa. Por la mañana, Tiina le ofreció un servicio especial de buenos días y a Valerio no le pareció una mala solución. Riccardo le había preguntado luego, guiñando un ojo,

qué le había parecido la sorpresa al despertarse. Y él había sonreído como un conocedor que sabe apreciar ese tipo de detalles.

Sin embargo, sentía en su interior que eran momentos fugaces, que se agotaban demasiado rápido, por no hablar de que le faltaban temas de conversación con Tiina. Sinceramente, hubiera preferido que no estuviera permanentemente pegada a él, como Riccardo había pedido por contrato. Pero Valerio era un hombre elegante e hizo todo lo posible para que el fin de semana fuera también agradable para Tiina. Fueron a ver el museo de arte Kumu, el monasterio de los Dominicos y los túneles de las murallas. La factura era elevada, aunque podía pagarla. Dejó su correo electrónico a Tiina, pero no se escribieron nunca.

Desde el fracaso de su matrimonio, poco después de la treintena, Valerio sólo había tenido breves aventuras ocasionales que le habían aburrido bastante y hasta asustado un poco. Así que durante más de diez años había sido un soltero cauteloso al que de vez en cuando Riccardo, que fue su compañero de trabajo desde el principio, intentaba sacudir presentándole novias o arrastrándolo a escapadas sexuales. Las intenciones de Riccardo eran sin duda solidarias, aunque desgraciadamente su visión era limitada.

—Las vacaciones de Pascua coinciden con el Songkran, el Año Nuevo tailandés y festival del agua, cuando comenzará el año budista 2560. Tengo una misión en China justo antes, podemos encontrarnos en Bangkok, así que iremos a la sucursal y podrás cortejar a Sumalee sin la vergüenza de Milán. Veremos algunas pagodas, probaremos todas las variaciones de fideos de arroz y exploraremos los excitantes misterios de las noches tailandesas.

Valerio había intentado protestar tímidamente: más que entusiasmos de media hora, necesitaba desconectar de Milán y dar los pasos adecuados con Sumalee, con quien había mantenido un intercambio de mensajes por WhatsApp.

—No te preocupes, el ritmo y el tiempo dependen de ti. En el hotel sé que dejan entrar a quien queremos. Allí lo divertido es ir y elegirlos. Hay clubes en los que debes abrirte paso a través de

un bosque de piernas larguísimas y pantis minúsculos. Por no decir que primero te dan un masaje profesional. Hablan inglés, mal y con un acento inestable, pero lo hablan. Además, siempre está el Google Translator, que traduce del italiano al tailandés. Todas tienen teléfonos móviles, es un país muy informatizado. No traducirá perfectamente, pero no pasa nada: se ríen, entienden el significado. Y, en fin, tampoco hay que entablar conversaciones muy refinadas.

Se habían puesto de acuerdo, pero Valerio había llegado a Bangkok dos días antes que Riccardo, primero para recuperarse del jet lag e igualar la vitalidad de su amigo, y también para dar unos pasos en solitario, para no ir siempre a remolque. Y, por último, deseaba estudiar una estrategia con Sumalee sobre el terreno. El primer impacto con la ciudad le aturdió: hacía un calor terrible y, aun con un alfabeto diferente, veía las mismas marcas de productos y los mismos futbolistas en los anuncios de todas partes, escuchaba los mismos tonos de celular. Pero Valerio quiso dar una sensación de primavera y diversidad a ese viaje y ya al día siguiente, con un traje ligero y sandalias, tras leer sobre el congestionado tráfico, siguió el consejo de la guía turística y tomó un barco por un canal que le llevó rápidamente al centro, donde visitó el palacio real, el templo del Buda Reclinado y también el del Buda de Esmeralda. Tomó un centenar de fotografías y se llenó los ojos de oro y de coloridas criaturas mitológicas. Poco a poco fue pensando en las cosas que le diría a Sumalee esa noche cuando fuera a verla, sin Riccardo.

Mientras caminaba, se detuvo en un jardín del inmenso río Chao Phraya, compró a un vendedor de amuletos un fruto seco con forma de mujer, llamado Nariphon, disfrutando de la confusa explicación de los beneficios de ese talismán en el amor. Luego se sentó en un banco y colocó su cámara en la mochila, junto a su guía, su cartera y su amuleto. Fue entonces cuando se dio cuenta de que una encantadora chica vestida de blanco estaba sentada a su lado, escuchando música a través de unos auriculares. Se sonrieron mutuamente. Él sacó su iPhone de la mochila, como si quisiera hacer algo no especificado, y la chica

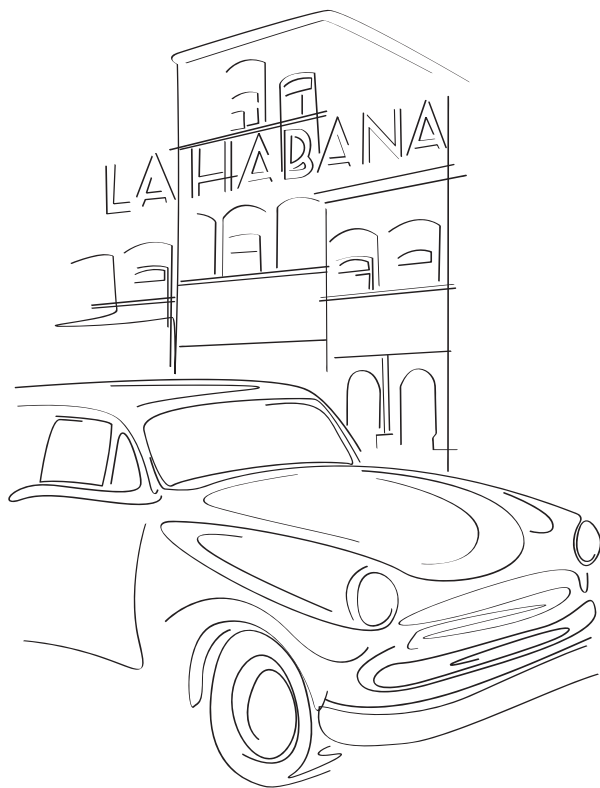
le preguntó en inglés qué música estaba escuchando. Valerio le mostró las canciones que tenía en su iPhone, que por cierto no era lo más nuevo. La chica eligió algunos temas de éxito y los tarareó. De la música pasaron a una breve autobiografía. Ella se llamaba Phueng y también estaba de vacaciones. Si él quería, le acompañaría a Ayutthaya, la antigua capital, a unos setenta kilómetros al norte de Bangkok, que realmente merecía la pena ver. Se tomaron selfis juntos, riendo. Ella posó para unas cuantas fotos con el río de fondo, y luego junto a un diminuto templo votivo, cubierto de flores amarillas y naranjas, con extrañas ofrendas delante: botellas llenas de refrescos, abiertas y con una pajita dentro. Y muchas figuras de bailarinas tradicionales. Phueng insinuó algunos pasos de baile. Con ese calor, Valerio sugirió que fueran a tomar algo fresco. La abrazó por la cintura, instintivamente, y Phueng no soltó el abrazo. Compraron una limonada con miel en un quiosco, dieron unos pasos, luego la chica cogió los dos vasos y volvió para que le añadieran hielo.

Valerio aprovechó para sacar de nuevo su cámara: quería más fotos de Phueng. Esa ciudad parecía el paraíso, incluso había demasiada abundancia. Hablaron, paseando por el jardín casi vacío en la tarde sofocante, a la sombra de los árboles florecidos, observando los transbordadores que cruzan el Chao Phraya. Valerio la tomó de la mano y dijo unas frases preparadas para Sumalee. Flotaba en una niebla húmeda y cálida, parecida a la felicidad. Hasta que se sintió muy cansado y se sentó de nuevo en un banco, perdiendo el conocimiento. Phueng le quitó su mochila, pero dejó el amuleto Nariphon en sus manos.

La droga opiácea había hecho efecto en unos treinta minutos. Por lo general, sólo adormecía profundamente, pero Valerio tenía una afección cardíaca que le fue fatal. Al día siguiente, a su llegada al hotel, Riccardo iniciaría complicados registros y tortuosos trámites. Esa noche, Sumalee, intrigada y sorprendida, preparó en vano su cena típica tailandesa. Y el matón que tenía como rehenes a unas chicas laosianas y camboyanas, robándoles los pasaportes, valoró en 10.000 baht la mochila de Valerio con la cámara, el iPhone y los documentos y tarjetas de

la cartera. Phueng se había embolsado el dinero. Un tailandés se habría dado cuenta inmediatamente de que era laosiana, pero ¿cómo podría entenderlo un farang? Valerio encontró en Bangkok media hora del amor más inútil del mundo. Se durmió con la imagen de Phueng y Sumalee en sus ojos, cantando y bailando como las bailarinas pintadas en los templos, blancas y doradas con largos cabellos negros, entre aguas claras y flores de loto. Faltaban pocos días para el año 2560.





**LUTO SECO**

---



***Sábado, 26 de noviembre de 2016***

**A**ntes, se había despertado de golpe a las seis de la mañana, cuando en Italia era mediodía, absurdamente preocupada por llegar tarde. Pero enseguida se dijo: “De acuerdo, es demasiado pronto, la cita es a las once, y Pietro viene a recogerme a las nueve para desayunar, puedo dormir una horita más”. Ahora, en cambio, agobiada por un feroz cansancio, se esforzó por espabilarse y localizar el teléfono, que chillaba con un sonido raro en una mesilla de noche colocada de forma extraña. Al otro lado de la línea está Pietro resollando.

—¿Estás despierta? Ha muerto, lo informó su hermano a medianoche.

—¿Muerto, quién? ¿Qué hora es?

—¿Cómo quién? Él, el padre de la Revolución. Fidel. Son las ocho. Lo siento, pero han surgido compromisos imprevistos, te recogeré en un par de horas. Enciende la televisión.

Hay un televisor en el vestíbulo del apartamento, con tres o cuatro canales que emiten todos lo mismo. Con su español, estudiado en la universidad y practicado en varios viajes a España, Federica entiende que el Comandante en Jefe falleció a las diez y veintinueve de la noche anterior, el 25 de noviembre, justo a la misma hora en que ella arribaba desde el aeropuerto, y ya ha sido incinerado. Se decretaron nueve días de luto nacional, hasta el 4 de diciembre.

Al final del largo balcón, cubierto por ventanas cerradas, que rodea el apartamento, hay una pequeña cocina con una cafete-

ra, pero sin café ni azúcar. El balcón da al Malecón, el amplio paseo marítimo habanero, frente a la Tribuna Antimperialista José Martí, como le explicó Pietro anoche. En un lado de la plaza está la embajada de Estados Unidos y en el otro una gasolinera en reparación. En la calle hay muy poco tráfico: dos o tres autobuses, algunos taxis y varios coches de época pulidos como si fueran nuevos. Se puede oír el viento agitando las olas y silbando a través de las ventanas.

Federica se viste y baja en el ascensor. En la calle, se orienta mapa en mano. Busca algo parecido a un bar, pero no lo encuentra. Le ofrecen un taxi. Ella dice que no y pregunta dónde puede desayunar. Le indican un hotel cercano, el Capri, donde se toma un capuchino. La televisión encendida recuerda la epopeya revolucionaria, con testimonios de personas mayores. La escuela de baile, su destino, está en ese barrio, el Vedado. Ha marcado la ruta en el mapa y podría ir andando hasta allí por su cuenta. Pero para Pietro es importante ser el guía. Sobre su conocimiento de la isla no hay duda, ya que viene dos o tres veces al año desde quién sabe cuándo. Además de ser el contable del buffet de arquitectos donde trabaja, es un buen amigo de Attilio, su novio, aunque este sea mucho más joven. Y ahí empieza el problema: a Federica no se le quita de la cabeza que la confabulación de ambos para hacer coincidir su semana de salsa con uno de los viajes de Pietro es más para controlarla que para orientarla o protegerla. Attilio no puede acompañarla por sus compromisos laborales, pero quiere sentirse seguro.

Reina un ambiente silencioso en todas partes, los escasos transeúntes deambulan rápidos y callados, en las esquinas hay policías vigilando. Algunas casas están maltrechas y apuntaladas, pero parece que de todos modos allí vive gente. El sol es reconfortante, con la lluvia fría que dejó atrás en Milán. Tiene que regresar al piso para ducharse. Vuelven a ofrecerle un taxi. En la puerta se encuentra con la casera contactada por Pietro, una chica rubia de mirada inquieta, que a Federica le desagrada, sin saber por qué. La muchacha le recuerda que lo único que tiene

que hacer para desayunar es decirlo en la víspera, o incluso al levantarse, y se lo traen enseguida.

Los muebles son desajustados y algo mugrientos, pero la vista desde el balcón sobre el arco de la costa hasta el faro es preciosa, con esos rascacielos antiguos y las nubes sobrevolando. Abre la maleta y ordena sus cosas en el armario. En la televisión, un entrevistador engreído escucha los sollozos de una señora que no puede contener las lágrimas.

Pietro llega como un torbellino, sosteniendo un ejemplar del “Granma”, el diario del Partido Comunista de Cuba, con el titular: *¡Hasta la victoria siempre, Fidel!*

—Estamos en el ojo del ciclón, Federica. ¿Te das cuenta? Somos testigos de un acontecimiento excepcional, el viaje hacia la inmortalidad de un coloso que marcó como ningún otro la historia de medio siglo y seguirá inspirando a generaciones. ¡Qué suerte encontrarnos justo ahora en La Habana!

—Bueno, si tú lo dices... Si partimos enseguida, llegaríamos a tiempo a la reunión de inicio de curso.

La escuela de baile está cerca del cabaret Las Vegas, cuya sala utilizarán. Llegan a la calle Infanta cruzando La Rampa, la parte final de la Avenida 23, que es uno de los puntos neurálgicos de La Habana, señala Pietro. En la escuela están los profesores y la representante de la agencia. Le explican que todo está cancelado. En los días de luto no se pueden realizar actividades ni espectáculos públicos, se prohíben, en especial, la música y el entretenimiento. El cabaret también estará cerrado. La representante de la agencia asegura que se devolverá el importe del curso intensivo. Llueven las preguntas. Ningún club abrirá, ni siquiera el Tropicana. Evidentemente, no es culpa de ellos, aunque entiendan muy bien que los estudiantes de Europa estén decepcionados. El consejo es hacer turismo, ya que están aquí, aunque la prohibición del baile se aplique en todo el país. Pueden ir a la playa, o a Viñales, o a Trinidad. Muchos de ellos refunfunan, ya conocen esos lugares, ahora han venido a perfeccionarse en la salsa y bailar sin freno. Algunos apartan a

los profesores, incrédulos de que no haya un plan B en una isla famosa por el arte de salir adelante, pero les dejan claro sin ambages que tienen los ojos puestos en ellos: la empresa es estatal, dirigida por los militares. Y tampoco se puede poner música en la casa, alguien iría enseguida a avisar a las autoridades.

Federica sale de la reunión desconsolada, curiosamente tranquila, como si estuviera viendo una película. Todavía no puede hacerse cargo de que el objetivo principal de su viaje se ha esfumado. Se rumorea que esa noche está previsto un concierto del tenor español Plácido Domingo en el Gran Teatro de La Habana y que es poco probable que se cancele. Pietro se compromete a encontrar entradas.

—Vamos, Federica, ánimo. Sé que puede parecer exagerado, pero considera quién es el fallecido. Aquí todo el mundo adora a Fidel. Es el símbolo de la independencia nacional, de la solidaridad internacional, de la soberanía. Para los cubanos, este es el momento de fortificar el compromiso con la Revolución, de recordar al líder máximo siguiendo el camino que trazó. Es un proceso continuo.

—Lo lamento, no entiendo. En otras culturas los funerales y los compromisos se celebran con alegría.

—Es comprensible la resolución del Gobierno. Extraño sería que, mientras se le rinden honras a la figura principal de la historia de este país, unos extranjeros estén pachangueando.

—Me choca tanta solemnidad en el Caribe. Te juro que quisiera comprenderlo, pero solo siento mi desgracia personal. Con lo que me ha costado separar diez días de mi trabajo y todo en un horario apretado. Salir el viernes 25 por la mañana y regresar el sábado 3 por la noche para aterrizar de nuevo en Milán el domingo 4 y volver a la oficina el lunes.

—Mira el lado positivo. ¿Cuándo pensaste que podrías estar presente en un momento que, en cada detalle, recrearán los medios de comunicación para el mundo y fijará la historia?

—¡Mierda! La emoción histórico-política me resbala. Lo siento, eso es todo. Ahora debo llamar a Italia y revisar el correo.

—Tendremos que ir a un lugar donde haya internet. O pue-

des usar tu teléfono italiano, pero te saldrá muy caro.

Se dirigen al Hotel Nacional. Hay cola en los teléfonos y el centro de negocios está reservado para los clientes. Federica enciende su celular y llama a sus padres para que no se preocupen y a su amiga Giada, que está en el origen del viaje a Cuba. Con ella se va a bailar en Italia, el suyo es un mundo aparte, impenetrable tanto para la gente del estudio de arquitectura como para Attilio. Fue ella, amante de los bailes caribeños, la que le señaló esta posibilidad, que ya había experimentado, y la convenció de dar el paso, para sentirse más desenvuelta en el futuro, y además tener un respiro en un periodo de sobrecarga. Se había decidido no tanto por la salsa, que de hecho no dominaba, sino por el descanso, que de verdad necesitaba. Giada la tranquiliza: hablará con la agencia, no hay dudas sobre el reembolso, y de todos modos en Cuba no te puedes aburrir. Le recuerda que le ha dado un paquete para un amigo suyo:

—Busca a Yudel. Y deshazte de Pietro, que solo te arrastrará a tonterías y probablemente esté deseando salir de ti.

Para encontrar internet, van a un pequeño jardín lleno de gente con celulares. Allí hay el wifi de la compañía telefónica cubana, Etecsa. Se necesita una tarjeta. No se encuentran en ningún sitio, pero hay un tipo que las revende por un suplemento. Federica responde a un par de mensajes sobre la marcha y envía uno a Attilio. La señal es débil y errática. Sin embargo, al menos ha aprendido a acceder al servicio llamado Nauta. Se deja acompañar hasta el cruce de la Avenida 23 y L, uno de los puntos clave de La Habana, donde se encuentran el hotel Habana Libre, la heladería Coppelia y el cine Yara, con un cartel de cerrado por luto.

Pietro ensalzó las ventajas de las casas particulares cubanas en lugar de los hoteles y reservó la de Federica, cercana a la escuela. Él en cambio se aloja, como suele hacer, en el barrio de Miramar, en casa de un funcionario amigo suyo que le alquila una habitación independiente. Ahora tiene que volver allí para recoger el coche reservado desde Italia y por otros asuntos. Detiene un taxi colectivo, un viejo coche deteriorado llamado

*almendrón*, y se marcha en una nube de humo de escape. Federica empieza a sospechar que no será nada difícil quitárselo de encima. Le ha aconsejado que, si va a algún sitio, tome los taxis normales, que se pagan con los pesos cubanos convertibles que cambió ayer en el aeropuerto.

Se alegra de haber quedado sola, necesita aclarar sus ideas. Paseando por el Vedado, ve un restaurante al estilo de los años 50, elegantemente diseñado y con muchas vidrieras de colores. Se llama La Roca. Entra, pide una cerveza y descubre que durante el luto está prohibido el consumo de bebidas alcohólicas. Entonces pide un jugo de guayaba. Por otro lado, nota que con la lengua se maneja bien y la comida no está mal, al menos la *ropa vieja* que elige, una carne mechada con pimientos y cebolla, acompañada de arroz blanco y tostones. Decide llevar algo de beber al apartamento, que tiene una nevera. Pregunta dónde hay un supermercado y le muestran el enorme edificio en forma de Y, con dos grandes alas de un verde pálido, llamado Focsa, también de los años 50: en la planta baja hay tiendas. En el corto recorrido hasta allí le ofrecen un taxi dos veces. Desgraciadamente, incluso en el supermercado del Focsa sólo venden bebidas sin alcohol.

Se sienta en el balcón a observar el viento entre las banderas a media asta. Ella también siente que está a media asta. Vuelve al apartamento, la televisión continúa con sus programas informativos y patrióticos. Hay numerosas escenas de combates, discursos, abrazos de Fidel con políticos extranjeros. Incluso aparece un cantautor en directo en un mitin político. De vez en cuando, el orador lee los mensajes de condolencia que llegan de todas partes, a través de Twitter. Por casualidad, escucha el del Presidente de la República Italiana. Así, desde fuera, desde la distancia, es sólo un nombre en una lista muy larga. Federica recuerda cómo lo caricaturiza el cómico Crozza, con la cabeza metida entre los hombros y los labios apretados. En ese momento suena el teléfono. Es Pietro:

—¡Está en primera plana en todos los rincones del planeta!



Parece increíble cómo un solo hombre ha sido capaz de cambiar la historia de América Latina y de tantos otros países. Hace justo 60 años el yate Granma partía con la expedición de revolucionarios, y ahora Fidel ha partido para la eternidad.

Su entusiasmo no es contagioso. Federica le pregunta:

—¿Has encontrado entradas para el concierto de Plácido Domingo?

—Ah, no. Lo han cancelado. Todos se centran en el luto y la conmemoración. Están organizando recogidas de firmas en todas las oficinas, fábricas, escuelas... ¿Tú qué has decidido hacer?

—Voy a caminar un poco. Te llamaré más tarde.

Diligentemente había marcado en su guía los museos que quería visitar. Algunos de ellos están en el Vedado, como el de las Artes Decorativas, que tiene buena pinta por las fotos, y el de la Danza. Va al primero, en la calle 17, es una gran mansión, pero la puerta está cerrada. Sólo hay un anciano con mono de trabajo y botas de goma, quizás un jardinero. Lo saluda y le pide información.

—Los museos están cerrados, señora. El Comandante ha muerto.

Camina en dirección a la universidad. En la gran escalinata que sube a la ladera del histórico campus, hay grupos de estudiantes contritos y silenciosos con pancartas en las que se lee “Fidel es Cuba” y retratos del líder con uniforme militar. Ve otros carteles parecidos en el vestíbulo o en el porche de algunas casas, junto con banderas cubanas colgadas en las ventanas. Llega al Hotel Saint John’s, no muy lejos, donde se aloja una pareja de italianos muy deportistas inscritos en el mismo curso suyo que se canceló. Le cuentan que también han encontrado cerrado un gimnasio que conocen y que están pensando en trasladarse a Varadero.

—Allí viven de los turistas, algo tiene que haber, ¡al menos un windsurf y un poco de ron! —dice él, fumando ostentosamente un puro. Fumar no está prohibido.

Lástima que Federica no fume. Cuando sale del Saint John’s le ofrecen un taxi. Se dirige a pie a su apartamento. Enciende la

televisión. En todos los canales aparece Fidel cortando caña de azúcar o jugando al béisbol, Fidel de joven con mochila y fusil y de viejo en chándal, Fidel en compañía de vivos y muertos, de soldados y escolares, de Mandela y Maradona. Apaga el televisor. Abre un jugo de guayaba, se pone los auriculares del celular, escucha una antología de bailes cubanos y latinos, pero le parece que esa música viene de otro mundo. Lo averigua quitándose y poniéndose los auriculares. Se da cuenta de que ha llegado un mensaje de Attilio deseándole buenas noches (la de Italia), lo que le provoca una pequeña punzada de nostalgia. Busca en su agenda el número de Yudel que le dio Giada y le llama desde el teléfono fijo.

### ***Miércoles, 30 de noviembre de 2016***

Anoche, a las 19:00 horas, hubo un gran acto de homenaje póstumo al líder máximo en la Plaza de la Revolución. La gente llevaba horas haciendo cola, Federica lo vio por televisión con Yudel, que se echaba las manos a la cabeza a cada discurso de las autoridades extranjeras presentes, especialmente el venezolano Nicolás Maduro, el nicaragüense Daniel Ortega, el griego Alexis Tsipras, que dijo: “Despedimos al Fidel de los pobres, de los humildes, de los oprimidos y de los que jamás se rinden, el Fidel de ustedes, nuestro Fidel, el Fidel que pertenece a todos los rincones de este planeta, el Fidel que pertenece a la Historia”.

—Pero vamos, Yudel, no te enfades. Siempre se habla bien de los muertos, ¿no?

—Sí, pero Ortega y Maduro son unos sinvergüenzas, mientras que Tsipras es un campeón de los europeos ingenuos que no quieren entender, y se aferran a un símbolo falso...

La plaza coreaba “Yo soy Fidel”, entre selfis, lágrimas y aplausos.

—Este es un país con una doble moneda y una doble verdad. El peso convertible está al nivel del euro. El peso cubano normal, en el que se calculan los salarios, vale veinticuatro veces

menos. En la práctica, no sirve de nada. El discurso del régimen está agotado, todos lo conocemos de memoria, es incapaz de renovarse, pero es el texto sagrado, como un destino que pende sobre nuestros días. El discurso alternativo es subterráneo, muy privado, casi callado, hecho más de actitudes que de palabras. Pero la distancia entre la retórica oficial y el sentimiento popular es inmensa. Los jóvenes sólo quieren irse, porque fuera de aquí es de todos modos mejor. Y ahora que tenemos permiso para salir, nadie nos deja entrar en ningún sitio, no hay visados, a no ser que hayas conseguido un pasaporte español gracias a algún abuelo. Los cubanos nacidos después del fin de la URSS y sus subvenciones no se creen nada del panteón, de la ideología y de lo que dice la televisión o el partido. Aunque casi sólo piensan en el dinero, las redes sociales y el reguetón, buscan confusamente su libertad. El rancio murmullo del gobierno es un molesto ruido de fondo, el defecto de un aparato decrepito.

Yudel pasó casi un año en Italia hace tiempo. Y unas semanas con Giada, que le pidió que se pusiera a disposición de Federica. Tiene la misma edad que ellas, alrededor de los treinta. Mulato de piel clara, pelo crespo, atlético, con modales muy educados y un razonamiento fino y sosegado. Ahora Federica entiende perfectamente el flechazo de Giada, un verano que ella estaba lejos de su amiga, en Inglaterra.

Yudel le gusta también porque le explica su Cuba sin insistir, sin darle la impresión de que quiere convencerla o adoctrinarla, como si le hablara de problemas familiares, o traduciendo entre diferentes contextos, simplemente haciéndole observar la realidad. Después de cierta desconfianza inicial (mutua, y pronto disuelta), ahora él le abre su alma con naturalidad, al igual que le abrió su casa.

—Podría haberme quedado en Italia. O huir a otra parte. En cambio, quiero quedarme aquí. No sólo por la familia y el modo de vida, sino para dar testimonio, cuando llegue el momento. No son los dueños de Cuba. Hará falta alguien que hable. Por supuesto, tengo que mantener un perfil muy bajo. Hay una pequeña red de disidentes que sirve sobre todo para protegerse. La

oposición histórica en Miami es patética, la oposición interna es mínima y débil, acosada por los servicios de inteligencia del Estado, es una frustración constante. De vez en cuando alguien, a menudo un artista, se expresa libremente, pasa un tiempo en la cárcel y luego se ve obligado a escapar. Sólo la Iglesia tiene una línea independiente de alguna manera reconocida y tolerada, imagino que por acuerdos con el Vaticano. Pero la historia de los demás es una historia de derrotas. La sociedad civil no logra organizarse, en parte por falta de información y en parte por falta de valor.

Con Yudel, Federica ha recorrido muchos barrios populares, empezando por Centro Habana y luego en los suburbios. Por todas partes, escombros y parches, suciedad y espacios divididos hasta lo improbable, apenas ocultados por plantas y flores, y los coloridos trapos de la colada. Aquí y allá hay restos del esplendor del pasado: una escalera sinuosa, una vidriera policromada, una columna roída. Parecen zonas pisoteadas por un dinosaurio o golpeadas por una guerra. Ha entrado en un hospital ruinoso y una escuela destartada, con dulces enfermeras y maestras que se esfuerzan sin materiales. Y luego en tiendas de moneda nacional con cuatro productos pobres, en farmacias sin ni siquiera tiritas o analgésicos, en un mercado con pocas frutas y verduras marchitas, y en más de una casa de conocidos de Yudel, para sentarse un momento, acogida siempre con cálida simpatía, para beber un poco de agua o café y escuchar historias siempre relacionadas con el dinero, las dificultades, el pequeño comercio informal entre la gente, donde la única nota feliz parece ser la historia de alguien que logró salir de la isla, aunque sea “cumpliendo misión internacionalista”, como cuentan de un médico.

—Te hubiera llevado también a un espectáculo de humor, hay algunos muy buenos y creo que entenderías bastante, pero están todos cancelados.

Esta mañana, Pietro le ha anunciado su decisión de seguir el viaje de las cenizas de Castro, recogidas en una urna entre flo-

res blancas bajo la bandera cubana dentro de una caja de cristal montada en un pequeño remolque arrastrado por un jeep, a través de la isla entera, hasta Santiago de Cuba, en dirección inversa a la “caravana de la libertad” que en enero de 1959 lo llevó victorioso desde Santiago a la capital.

—Al menos en las primeras etapas, hasta Santa Clara. A cierta distancia, por supuesto. Así que, entre otras cosas, estoy acompañando a unos amigos que son de allí. De todos modos, estaré de vuelta a tiempo para nuestro vuelo.

—Yo no soporto los funerales, y tú ¿prolongas este, aunque no te incumba?

—¿Como que no me incumbe? Llevo veinte años viniendo a Cuba, en el período más duro, después del derrumbe de la Unión Soviética, y la he visto resistir contra viento y marea, bajo el liderazgo de Fidel, para luego encontrar nueva vida en la Alianza Bolivariana para las Américas con la ayuda fraterna de Hugo Chávez, e iniciar un proceso de ajuste sin perder las características fundamentales del proyecto revolucionario y las grandes conquistas sociales en salud y cultura. Incluso cuando tuvo que retirarse por enfermedad y dejar el liderazgo a Raúl, Fidel continuó su batalla de ideas... Ha sido un compañero constante, un padre ideal. Me he conmovido repetidamente en estos días, junto a los cubanos, viendo tantas manifestaciones de afecto por un líder que sobrevivió a más de 600 intentos de asesinato... ¡Si tuviéramos nosotros también un hombre así!

—Por mí no te preocupes, me voy a la playa. Dejo el apartamento en el Malecón. Ya he hecho los arreglos con la casera. Que tengas un feliz viaje.

Pietro no se inmuta, está concentradísimo en su papel de revolucionario canoso y con dinero. Entre amistades y contactos que ha cuidado meticulosamente de no compartir con Federica. Ella piensa que ha sido poco generosa con su novio: si Attilio contaba con Pietro para vigilarla, se ha equivocado por completo. Attilio es tan atento que le envía con regularidad mensajes y correos electrónicos. Federica contesta lacónica que encontrar

internet es complicado y que prefiere tener el celular apagado porque es demasiado caro, incluso para responder a las llamadas. Sin embargo, subraya que está bien, que le manda muchos besos y que las próximas vacaciones, las de Nochevieja, las pasarán juntos. Pero sobre todo los besos, que lo tranquilizan.

Recoge sus cosas y se muda a un apartamento que le han preparado en el barrio alejado donde vive Yudel. Es la casa de la tía Daimery, que se encuentra fuera. Muy bonito: lleno de almohadas bordadas en forma de corazón, paisajes montañosos con caballos al galope, muñecas anticuadas, fotografías de familiares y niños, una colcha de raso rosa con diseños florales. Y en la pequeña cocina, ollas ennegrecidas por innumerables fogones, tarros ordenados y una nevera que tose como un enfermo crónico, pero que está llena de fruta fresca y hielo. Ya sólo por la fruta fresca, que es casi imposible de encontrar, merece la pena.

Con Yudel, Federica va a cenar a un restaurante casero, un *paladar*, medio escondido y poco turístico, ya decorado con adornos navideños. Allí sirven cerveza, y el dueño incluso descorcha una botella de sidra asturiana para ella. Dice que ya paga suficientes impuestos y tiene suficientes problemas como para que le impongan también el luto seco.

Cuando vuelven, la familia está reunida alrededor de la pantalla del ordenador. Están viendo *La fiesta de las salchichas*. Alquilan semanalmente un disco duro externo lleno de películas, música, series de televisión y documentales extranjeros, llamado *el paquete* o *el Netflix cubano*. Es la alternativa a la repetitiva y aburrida televisión nacional. Un tráfico clandestino, pero tolerado y censurado o autocensurado: no hay contenidos antigubernamentales.

Suben al tejado del edificio llevando dos sillas de plástico. Hay un poco de brisa y llega el tenue zumbido de la ciudad poco iluminada. Federica se siente ahora lo bastante familiarizada como para hacer algunas preguntas a Yudel, empezando por la represión.

—En Cuba, todos controlan a todos. Quien piense diferente

es un enemigo, un gusano, un vendido. El pensamiento del régimen no se discute, los que critican son humillados. Además, el partido y los militares tienen en sus manos casi toda la economía. El castrismo, un sistema totalitario que exige la adhesión fanática de sus súbditos, está ya extinguido, agoniza sólo por inercia. Raúl está administrando la conversión burguesa de los militares de élite, tecnócratas y descendientes. Los Castro son una dinastía. Pero la riqueza sólo les llega a ellos, para el resto la pobreza seguirá siendo desesperante. Tuviste la suerte de ver la isla sin el filtro de la música y las fiestas. El luto lo deja todo al descubierto. Es un país doblemente quieto, ahora que ni siquiera mueve las caderas...

—¿Pero no hay una nueva temporada en las relaciones con Estados Unidos? La Habana está llena de norteamericanos...

—En marzo llegó Obama y se ganó a todo el mundo: un presidente negro, joven y simpático. Que no quiere invadirnos. ¡Aquí donde todos son blancos, viejos, hoscos y atrincherados! El búnker del poder estaba lívido. Fidel Castro escribió que no necesitamos que el imperio nos dé nada. Que Cuba no recibe lecciones de nadie. Que estamos orgullosos de los derechos y la riqueza espiritual que hemos ganado. ¿Se puede ser más irónico? El clima de confrontación es cada vez menos creíble, pero la retórica estilo Guerra Fría es la que mantiene al régimen en el sillón. E incluso las aperturas tienen pronto un límite: enseguida está la frontera más allá de la cual la cúpula pierde el control sobre la sociedad. Así que los talibanes de Castro quieren bloquear todas las reformas. Si sale alguna cara nueva, tiene una vida corta. Y el éxodo se ha multiplicado, porque circulan rumores de que se va a derogar la ley que concede permisos de residencia en un año a los cubanos que tocan la costa de EEUU. Todo el mundo espera un nuevo cierre bajo el mandato de Trump. Por cierto, al poder le vendría muy bien.

Pese a las reiteradas advertencias de Pietro durante el viaje de ida, sobre el hecho de que los clubes nocturnos son prostíbulos y alrededor de los extranjeros deambula una pequeña delincuencia que ofrece de todo, pero que ciertamente no repre-

senta a la juventud cubana, a Federica La Habana le ha parecido bastante sobria, casi escarmentada, y sólo le han ofrecido taxis y lanzado piropos. Por supuesto, ha mirado a su alrededor a las mujeres cubanas, que son un mito en el imaginario masculino italiano, pero en general le han parecido desaliñadas, mal vestidas, propensas a la gordura. Encuentra una forma suave de tocar también ese tema con Yudel.

—Hubo un tiempo en que el turismo sexual era descarado, ahora está más oculto. Y esta semana, con las discotecas cerradas, se han ido todas a casa, a las provincias o a Oriente, donde muchas tienen su hogar. La policía es el doble de estricta. Pero no te creas: hay chicas de este mismo barrio que durante el día las ves en camiseta y chanclas, pero cualquier noche, por alguna necesidad o emergencia, se maquillan, se visten supersexy y salen de caza. No pueden detenerse a hablar con extranjeros, pero les basta con dejar su número de celular.

Ya que se ha acordado de Pietro, Federica pregunta cómo es posible que en tantos viajes alguien como él sólo haya podido ver lo que quería.

—No puedo hablar de los que no conozco. Pero según los extranjeros que defienden con nostalgia el ‘sueño’ revolucionario, los cubanos deberían llorar de gratitud por una sanidad ruinoso, una educación deficiente, unas elecciones farsa, unas alcantarillas y vertederos inmundos, una cartilla de racionamiento que los mantiene perennemente a dieta y cero horizontes, salvo la expatriación. Alaban nuestra resistencia, debemos servir de ejemplo, cubrir el fracaso con la risa, hacer la cola con humor, no en vano somos alegres a pesar de todo, como un juguete de cuerda.

Sube a la azotea el primo de Yudel, Juan Carlos, que ha conseguido por la puerta de atrás una botella de ron gracias a los pesos convertibles de Federica. Tras el primer brindis, Juan Carlos también da su opinión:

—Siempre hablábamos de Fidel, sin mencionarlo, hacíamos la señal de la barba, él había jurado cortársela cuando hubie-



ra un buen gobierno en Cuba, por eso siempre la llevaba. Sus manías han condicionado nuestras vidas... ¿Sabes por qué los cubanos hacen fotos con el celular cuando pasa el jeep que remolca al Cenicero en Jefe? Porque quieren contar que, en esta isla donde nunca pasa nada, ellos estaban allí, la única vez que pasó algo definitivo...

### ***Sábado, 3 de diciembre de 2016***

Federica dedicó el jueves a la fascinante Habana Vieja. Pero tenía como un malestar: le parecía uno de esos pueblos reconstruidos, como Grazzano Visconti donde había ido de excursión en la escuela secundaria, un parque temático con artesanía de época, pero bordeado de calles lastimosas, abarrotadas y decadentes. Los museos estaban cerrados y las iglesias también, excepto la catedral. Una multitud de cruceristas estadounidenses, en su mayoría jubilados, caminaba detrás de su guía. Otros turistas deambulaban por allí sacando fotos. Los chinos con circunspección, como fuera de lugar. Los brasileños charlando en voz alta. Los franceses abatidos, resignados a su zumo de frutas.

Federica necesitaba comprar algunos souvenirs y se dirigió al gran mercado de los antiguos almacenes del puerto, los Almacenes San José, con hileras de puestos tipo feria con peces y loros de papel maché, coches y aviones hechos con latas de refresco, prendas de punto de ganchillo, muñequitas, tallas de madera, bisutería, cuadros horribles y la cara del Che Guevara en un poco de todo, desde camisetas hasta llaveros. Compró un bate, un guante y una pelota de béisbol para su sobrino, y otros recuerdos para destinatarios imprecisos. Entonces le llamó la atención un puesto de percusión, con los nombres de los instrumentos escritos bien claros para los turistas: maracas, claves, congas, campanas, güiros... y un negro que llevaba un ritmo enloquecido, pero perfectamente amortiguado, apenas tocando la piel del tambor. Federica se quedó mirando porque el joven parecía baquelita pulida, con reflejos azulados. Y el negro podría haberle leído la mente porque de repente dijo:

—Tú lo que quieres es una buena lección de salsa.

—¿Pero no está prohibido? —replicó ella, sorprendida.

—Solo hay que tomar precauciones, y tener *aché*, estilo y suerte. Para mí, se puede incluso ahora mismo. Me llamo Renier.

—¿Y sería cerca de aquí?

—Justo enfrente.

Federica supuso que el tipo era conocido y rastreable, ya que tenía la caseta allí. Compró unas claves para Attilio, que le regalaría con los puros, luego regateó el precio de las clases y siguió a Renier al otro lado de la calle. Como siempre, en cuanto entraban en las calles interiores, la escena era de derrumbes y laberintos. Renier entró en un vestíbulo, luego en un patio, y después en un pasillo descascarillado por la humedad, saludando a todos los que encontraba. Al final del camino, había una pequeña habitación acolchada y caliente con un catre y tambores.

—Aquí es donde ensayamos —dijo Renier, encendiendo un ventilador y cerrando la puerta. Luego puso un CD de salsa, apenas audible—. Vamos a ver a qué nivel estás para saber por dónde empezar —dijo tomando la mano de Federica. Con una pirueta la colocó de espaldas a él, de modo que su marmórea hombría se destacara claramente entre las nalgas de ella.

Federica no pudo contener la risa. Se giró, le dio una caricia y le dijo, en italiano:

—Voy al baño un momento, Renier, mientras tanto prepárate— y con un empujón le hizo caer sobre la litera. Luego cogió el bolso, abrió la puerta y desanduvo el trayecto desde el corazón de la manzana a la calle, saludando a todos los habitantes semi-desnudos y sorprendidos que encontraba.

Por la noche, probó un restaurante de lujo, para la élite o los turistas ricos. Había un exuberante buffet y sofisticados platos de pescado y langosta. Pero las mesas estaban todas llenas. Una señora mayor le indicó que se sentara en la suya, solo parcialmente ocupada. Eran una pareja de Boston con un amigo de Chicago. Se quejaron de que los servicios en Cuba son deficientes. Este año es un destino de moda, pero con pocos atractivos. Excepto

el Museo de la Revolución, que podrían ampliarlo. Habría que transformarlo en una única ruta histórico-folklórico-antropológica con la santería, las guerras de independencia de España, etc. Para las vacaciones, mejor Cancún o Punta Cana, juzgó el amigo.

—Pero, ¿dónde se encuentra un ambiente *vintage* como el de aquí? —replicó la señora.

El viernes Federica fue a Guanabo con Yudel, que tiene amigos que viven en una casa en las afueras del pueblo. Aplastados durante unos cuarenta kilómetros dentro de un *almendrón*.

—Tengo que volver bronceada, al menos un poco. Digamos quemadita. No me pondré crema solar y ya está.

El agua era deliciosa, cristalina, y se entraba en el mar directamente desde el pequeño césped de la parte trasera, bajando dos escalones de hormigón. La mujer del amigo, Idania, es poeta. Sin publicar, especificó. Leyó algunos poemas que Federica solo entendió a grandes rasgos, pero que le gustaron por la entonación de su voz, y luego cantó otros con su marido acompañándola a la guitarra.

En el camino de vuelta, Yudel le explicó que la pareja se fue de La Habana porque la policía les estaba pisando los talones. Él era un bibliotecario independiente. Ahora trabajan por las tardes en una pizzería.

El sábado por la mañana Federica se despidió de Yudel y su familia. Besos y abrazos con todos menos con Yudel. A él un apretón de manos, unos gestos de comprensión, unas sílabas inciertas. Como un hasta luego, así que cuídate, en fin, aguanta, y gracias de todos modos. Por encima de todo esto: gracias.

Pietro está de vuelta en La Habana, cada vez más inflamado. El de Fidel es el funeral de su vida. Lo comentará con todo el mundo en Milán. Pero Federica no alcanza a oírle. No es que no le escuche, pero todas esas palabras se le escapan. Experimenta lo que Yudel quiso decir al calificar el discurso oficial de “ruido de fondo”.

La cola del aeropuerto es un hervidero de quejas. Los vuelos llevan retraso durante días debido a la extraordinaria afluencia de periodistas y delegaciones. Varios turistas se lanzan a los puntos de venta de licores como beduinos a un pozo de agua en medio del desierto.

—¡Qué experiencia tan increíble! Un momento doloroso e intenso. Millones de cubanos firmaron el juramento de fidelidad al concepto de revolución de Fidel Castro. Ha sido mi viaje más bonito a Cuba, a pesar de ser el más triste. ¿Tú cómo lo has encontrado?

—Inesperado.

—Yo no tuve tiempo de broncearme, pero tú pareces chamuscada.

—¿Qué quieres? No me quedó más remedio que dedicarme al turismo.

—Mañana en Italia nos espera otra batalla. El referéndum de Renzi. Tal vez la larga ola de la historia nos alcance también a nosotros. Es el momento de tomar decisiones. Aterrizamos a tiempo para votar, tú obviamente vas a ir, ¿no?

—Por supuesto que voy a votar, porque es importante que se pueda. Mira, me convencí de eso aquí en Cuba. Verás que Attilio se pasará por el colegio electoral antes de llevarme a casa... Pero spongo que votaré de forma diferente a ti.

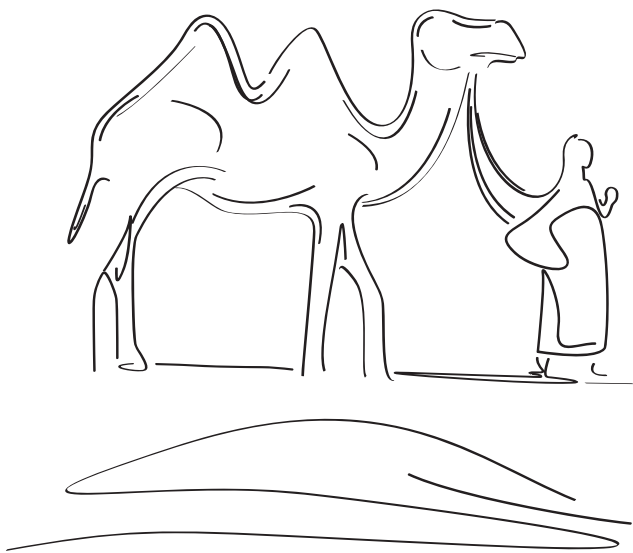
—Oh, Dios mío. ¿Y por qué?

—¡Estoy bromeando, tonto! ¿Cómo podría alguien no estar de acuerdo contigo?

—Eso te iba a decir...

Mañana, en el cementerio de Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba, donde descansa el apóstol José Martí, Raúl colocará la urna dentro de la gran piedra con la inscripción "Fidel" en letras doradas, destinada a convertirse en una atracción turística.

Mañana a mediodía terminará el luto. Los cubanos estarán allí listos para encender la música, descorchar las botellas e insinuar un paso de baile, pero nadie tomará la iniciativa. Todos esperarán la orden de arriba para volver a beber, reír y bailar. O, al menos, esperarán a que empiece otro.



**LA HERENCIA  
DEL GEÓGRAFO**

---



Una pequeña ciudad anónima, de ésas que a nadie se le pasaría jamás por la cabeza visitar, había sido la ciudad natal de un docto geógrafo, que, seguidor más de Humboldt que de Ritter, había realizado en el cuarto decenio del siglo XIX algunos viajes por Europa y una audaz exploración por Asia, a través de la ruta de la seda. Después de su muerte, un sobrino, deseoso de deshacerse de algunos viejos baúles y de adquirir méritos ante las autoridades de la Italia unida, legó al municipio lo que había quedado de los recuerdos, libros y apuntes que daban cuenta de la actividad del estudioso, nunca valorado como se merecía en cuanto a reconocimientos académicos u oficiales. El sobrino fue solemnemente agradecido y distinguido con una condecoración. Tras haber permanecido en un sótano del ayuntamiento durante varios lustros, la colección fue ordenada a principios del siglo XX por un erudito local y colocada en una sala del palacete construido a orillas de un canal para acoger las diversas secciones del que se convertiría en museo de la ciudad (arqueología, pinacoteca, gipsoteca y, por supuesto, la sala dedicada al viajero decimonónico). El erudito empeoró muy pronto por la artritis y por los dolores reumáticos, no favorecidos por el trabajo en el húmedo ambiente al que había sido destinado, y se desinteresó por las reliquias del geógrafo, que permanecieron bajo llave durante otros tantos decenios, también a causa de las guerras, las cuales, sin embargo, y afortunadamente, pasaron de largo por el palacete.

En tiempos más recientes, con el reino ya convertido en repú-

blica, la administración municipal pidió una subvención estatal para el museo, de modo que hizo limpiar las salas, blanqueándolas con un antimoho y colocando higrómetros. En poquísimas ocasiones al año, las reliquias tenían como visitantes un investigador forastero o un grupo de escolares aburridos, o incluso alguno de esos turistas omnívoros dispuestos a visitar todas las indicaciones de sus guías, incluso aquéllas escritas con caracteres mínimos y referidas a lugares evidentemente no turísticos, como la ciudad en cuestión. Pero un día el guarda encontró cascotes de yeso en el suelo. El alcalde cerró el museo y nombró una comisión, que se reunió y ordenó pruebas periciales costosísimas sin llegar a conclusiones útiles. Gastando la mitad se habría podido reparar el techo. El alcalde pidió una contribución a la caja de ahorros y adjudicó la contrata a la empresa de unos amigos, que resultó ser de escasa honestidad. Años después, de hecho, el techo cedió de repente, mientras se encontraba en el museo un objetor de conciencia que realizaba su servicio social, con el encargo, entre otros, de pasar a máquina las cartelas (escritas a mano mucho tiempo antes por el erudito artrítico y ya descoloridas), poniéndolas al día al menos en cuanto al estilo. Por suerte, el joven, estudiante de Historia, para defenderse del frío se había adormecido, con un libro sobre las rodillas, junto a la estufa, colocada en un rincón protegido. No sufrió por ello heridas, aunque se quedó trastornado por el susto. Los miembros de varias asociaciones culturales ciudadanas (que no habían puesto nunca un pie en la sala derrumbada) protestaron con vehemencia por la vergonzosa incuria, y el alcalde, ya objeto de acusaciones por otras faltas, aprovechó la ocasión para dimitir elegantemente y presentar su candidatura para la provincia.

El nuevo alcalde, del mismo partido que el precedente, gracias a la financiación del gobierno regional, superó incluso las peticiones de las asociaciones que protestaban, concediendo que todo el museo, enriquecido con una sección de naturaleza sobre fauna y flora de la zona, con fotografías y paneles de educación en ecología, fuese trasladado a un edificio previsto



para despachos y después destinado, de manera provisional, a albergar algunas secciones de la escuela secundaria. En aquel edificio encontraría sitio también la biblioteca pública, oportunamente potenciada. Para calmar las quejas de los padres sobre los turnos dobles que se habrían hecho necesarios en tal caso en la escuela secundaria, cedió el palacete a orillas del canal a la provincia. Y la administración provincial, después de una rápida restauración realizada por la misma empresa de antes (que para entonces había cambiado de sede y razón social recuperando credibilidad), alojó allí las clases sobrantes, hasta ese momento ubicadas, de modo transitorio, en un ala del nuevo hospital en construcción.

En ese momento sucedió lo imprevisto: un canal nacional de televisión dedicó un capítulo de un programa turístico-cultural muy visto a la ruta de la seda, ya que algunos países de aquel itinerario estaban abriendo sus fronteras a los visitantes. Entre los distintos reportajes había uno dedicado a la expedición del geógrafo decimonónico, aunque considerara a lugares casi inaccesibles. Se mostraban algunos objetos de su colección: lapislázulis, alfombras, platas, pieles de caracul y monedas, filmados por la troupe justo en el museo de la pequeña ciudad anónima. Se entrevistaba a un empleado de la biblioteca municipal, apasionado por la historia y las tradiciones locales, que, cómo son las cosas, era precisamente aquel joven involucrado en el derrumbamiento mientras dormía junto a la estufa, ya licenciado y contratado por el ayuntamiento. Aprovechando los focos encendidos por un instante sobre el caso, el oscuro historiador local desencadenó una áspera polémica con un docente universitario de la capital de la región, autor de un artículo en el que dejaba al geógrafo en muy mal lugar. El careo era desigual, pero el lobby académico enemigo de tal catedrático procuró al desinteresado experto de provincia la tribuna de un prestigioso diario para rebatir las tesis del adversario.

El meollo de la disputa tendría que haber sido las ideas del geógrafo. Para su conciudadano, este era de hecho un progre-

sista mazziniano, precursor de una visión científica respetuosa con las diferencias culturales y capaz de poner en correlación los fenómenos observados. Para el crítico profesional era, por el contrario, un conservador filomonárquico de mirada eurocéntrica y estrecha, mero catalogador de unos pocos datos y hechos incoordinados, y, para colmo, pésimo cartógrafo. Pero los dos contendientes, sin embargo, se enfrentaron encarnizadamente con motivo de la definición del último tramo del recorrido realizado, sobre el cual no se tienen noticias seguras. De hecho, el geógrafo fue allí robado, maltratado, devuelto atrás, privado incluso de sus notas, y la desventura lo marcó hasta el punto de hacerle decidir el regreso a la patria.

Sin duda, siguiendo las pistas comerciales persas, había llegado hasta Herat, cuya ciudadela describe detalladamente. Según el docente universitario, se había dirigido después al noreste hacia Balkh y Badakhshan, en el intento de alcanzar Kashgar y China. Menospreciando los resultados científicos de esa exploración, el catedrático aseguraba que le faltaba una noción precisa del itinerario y que se guiaba sólo por la manía de seguir los pasos de Marco Polo.

El bibliotecario le rebatía diciendo que el veneciano no se cita jamás en los diarios del geógrafo, y se declaraba convencido de que este, al contrario, se dirigía sin duda hacia Kabul, y de que el problema era, si acaso, saber si había proseguido hacia el sur y después hacia el este, a través de mesetas desiertas y pedregosas, en dirección a Farah y Kandahar, con la intención de volver a subir a Ghazni y de allí a Kabul, o bien se había dirigido hacia oriente por la vía más directa y empinada, cruzando los montes a través del país de los Hazara, accidentada región recorrida por primera vez en 1837 por Pottinger. En cualquier caso, según el bibliotecario, su meta final debía ser, de manera más o menos confusa, el alto valle del Indo. Un hombre de cultura clásica como él no podía de hecho no sentir la emoción de encontrarse a lo largo del antiquísimo camino que desde Babilonia llevaba a Ecbatana, luego a Bactriana y por último a Ortospana,

en las puertas de la India. Y si seguía los pasos de alguien eran los de Alejandro el Macedonio.

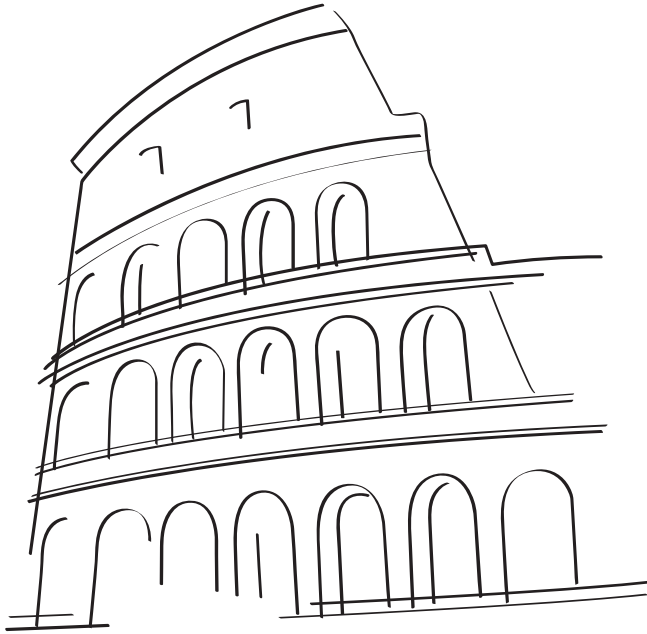
El profesor insistía en la escasa preparación del geógrafo, mientras el experto local sostenía, en cambio, que el fondo libresco que poseía su conciudadano no dejaba dudas sobre el alcance europeo de su cultura, y a este propósito ofrecía numerosas pruebas: “En Londres, adonde se dirigió en 1842, pocos años antes de su expedición asiática, adquirió los tres volúmenes de los viajes de Alexander Burnes, así como su preciado mapa de Asia Central. Tenía auténtica veneración por este oficial escocés de la armada de Bengala, caído aún joven en Kabul, en 1841, durante la revuelta de la primera guerra afgana. ¿Cómo se puede pensar que no le hubiesen llegado los ecos de aquel desastre que tanto impresionó a la opinión pública inglesa? Al contrario, son puntuales en el diario los comentarios sobre la expedición punitiva de 1842. En Londres consiguió también las notas de Moorcroft y nada impide pensar que haya podido tener noticias de los viajes de Vigne y de Broadfoot, como de los precedentes de Masson. Muy alentadora para él fue además la lectura de la relación sobre Yemen de Botta, recién impresa”. “Sólo la insuficiente elaboración de los apuntes conservados, la hostilidad de los ambientes académicos en aquella época, por lo demás turbulenta, y la prematura desaparición del docto nos impiden –concluía el entusiasta apologeta– tener un cuadro completo de su valiosa obra.”

A causa del clamor suscitado por el caso y de una petición popular orquestada por el boletín local de la oposición, el ministro envió una especialista a inventariar la herencia del geógrafo, con el fin de trasladarla a una sede más adecuada. El ayuntamiento, de hecho, había decidido desembarazarse de ella, adhiriéndose a la iniciativa de un senador (padrino político del alcalde) que promovía un polo expositivo centralizado en la capital de la región. De entre los dos contendientes no se supo quién se había salido con la suya, ya que cada uno se quedó con su idea. Pero al bibliotecario la aureola de polemista le sirvió: le hizo con éxito

la corte a la especialista enviada por el ministerio, ella también licenciada desde hacía poco, quien le dio muy pronto una hija, a la cual pusieron, no se sabe si por el gusto de la época o para recordar el episodio celestinesco, el nombre de Asia, añadiendo, sin embargo, por insistencia de las dos abuelas coaligadas, el segundo nombre de María.

Asia María creció mientras en Afganistán se enfrentaban muyahidines y soviéticos, iba al instituto durante el ascenso de los talibanes y estaba en el primer año de universidad cuando fueron abatidas las dos grandes estatuas de Buda de Bamián y las torres gemelas de Nueva York, y fue bombardeado Kabul. Ahora vive en la capital de la región, se ha licenciado en Cooperación Internacional y está a punto de partir como voluntaria de una ONG para participar en la recuperación de los daños producidos por el tsunami en el continente cuyo nombre lleva.

Su padre, que no se ha movido casi nunca de la pequeña ciudad anónima adonde a nadie se le pasaría por la cabeza la idea de ir, mantiene que es feliz por tal elección. Incluso lo ha festejado durante la última visita de su hija, destapando una botella de vino del año en el que se había derrumbado el techo del viejo museo y él se había salvado porque el examen que estaba preparando no le gustaba, y se había quedado dormido junto a la estufa con el libro sobre las rodillas. Se siente seguro de estar contento de aquel viaje asiático. A decir verdad, en otras épocas también él se había lanzado a soñar algo de ese estilo, sin realizarlo jamás. Está orgulloso de los estudios de la hija, que para un examen ha retomado incluso sus artículos sobre el geógrafo local, pulcramente encuadernados y un poco amarillentos. Pero algo le come por dentro, con el regusto ácido que le dejan la televisión y el alcalde. Entonces la toma con el ilustre geógrafo que, bien pensado, debía de ser un insufrible e inepto pedante y que a estas alturas le resulta francamente antipático. Así lo manda redondamente al diablo, ¡a él y a sus cuatro lozas sucias, sus monedas corroídas y su pulgosa piel de caracul!



## **ROMA, PLAZA DE LOS QUINIENTOS**

---

*(Visita guiada con noticias históricas)*



**B**ien, han llegado ustedes a Roma en tren, descendiendo en la Estación Términi. Observen enseguida a su alrededor. Ante ustedes, luego del puesto de periódicos y el bar, un estanquillo les propone medias, pantuflas, calzoncillos y camisetas con el Coliseo o San Pedro: evidentemente, alguien los supone artículos indispensables para los viajeros, porque el estanquillo está allí desde hace años. En los días de lluvia se encuentran también paraguas y chubasqueros de plástico plegables decorados con angelitos. Más adelante hay un tipo sentado en un banquito, ante un cartón sobre el que se alinean cajas de cigarros y encendedores. A media voz, aclara a los transeúntes que se trata de mercancía de verdadero contrabando, nada de imitación. Más allá aparece algún toldo de marroquíes y senegaleses con cintos, cassettes de música, relojes, gafas de sol. Los cassettes contienen, efectivamente, lo que prometen, sólo que las piezas son más cortas que en los originales, se esfuman antes. Será para ahorrar cinta. O quizás quien los copia al infinito se aburre y termina sólo sugiriendo la melodía. Sobre un estante sostenido por burritos de madera y cubierto por un paño verde tipo casino, un jugador abusivo practica el juego de las tres cartas circundado por un corro de falsos curiosos y apostadores. Pero no se detengan en el aspecto mercantil: se hallan ustedes en el corazón de un barrio de moderada degradación que, aún cuando no consiga el renacer de quién sabe qué prístinos esplendores, un deportivo proyecto de recuperación está transformando en una moderna y funcional puerta de entrada a la urbe. La urbe por antonomasia, como decían en la escuela.

Están desapareciendo rápidamente las barreras improvisadas con planchas de metal onduladas y madera claveteada, que esconden sempiternas obras en construcción, en torno a las cuales se amontonan la inmundicia y zigzaguea la mala hierba, los viejos edificios con el interior semidestruido y el exterior tapizado de un muestrario de manifiestos electorales más o menos desteñidos pero exhibiendo siempre las mismas caras, los mártires acebos y los oleandros intoxicados, las entradas del metro obstruidas y el asfalto manchado por los ómnibus cata- rrientos. Dentro de poco no serán más que un recuerdo. Desde los ilustres mundiales de fútbol de 1990 se fueron registrando los primeros éxitos, significativos por su provisionalidad, bajo la forma de un par de pequeños parterres defendidos por rededillas en las que comenzaron a despuntar decorativas rositas. Rociadas cada santa noche primaveral por diligentes empleados que, indómitos, controlaban la regularidad del chorro, han resistido largamente. Luego han debido resignarse a la compañía de botellas vacías de cerveza, pero aún así algunas continúan floreciendo.

El hecho inusitado del regadío creó, es preciso reconocerlo, algunos problemas a los transeúntes a causa del guano de la Plaza de los Quinientos. Ustedes han llegado poco antes del crepúsculo y por lo tanto entenderán al vuelo el eufemismo. Bastará alzar la vista hacia la gloria de este cielo que los detractores tachan de contaminado y admirar las evoluciones de las bandadas de pájaros. Es una celebración acrobática de figuras cantarinas compuestas de pequeños puntos, que hasta para las pantallas de computadoras de alta definición sería difícil reproducir. Noten ustedes que, en cambio, parecen los resultados de un cálculo perfecto: planean, viran, laten, forman estrellas, clepsidras, espirales, grumos, velas. Despreocupados señores del cielo límpido y luminoso sobre la ciudad que oscurece mugrienta. Falange solidaria que despliega suaves evoluciones levantando una confusión indescriptible y lanza hacia abajo olímpicas cagazones.



Debemos excusarlos: las zonas arboladas en el centro de la ciudad son las que son, y ellos prefieren estos parajes. Quizás son atraídos por el nombre de la plaza alargada, nombre que humillan con su número, así como consiguen imponer su algarrabía sobre el tráfico ensordecedor. O quizás notan que justo aquí existe un punto de encuentro y cruce de humanos y, en su ímpetu festivo, es normal que incrementen también la excreción. Así los humanos, aquí abajo, resbalan, porque las sustancias implicadas, ya de por sí pegajosas, forman con el agua generosamente rociada para las flores una pátina irresistible. Tampoco el olor es para bromear, sobre todo cuando hace calor. Sin embargo, se han dado cita allí durante varios años los filipinos de Roma, una colonia que bordea las cincuenta mil personas. No todos, claro está, sino en especial grupos de jóvenes, que a ciertas horas o días (feriados) se amontonaban en la Plaza de los Quinientos, subdividiéndose en grupos de varoncitos y hembritas. Se fundían en una pequeña multitud sólo en algunas ocasiones festivas, cuando una especie de comité organizador distribuía bocaditos y laticas, o incluso algún guiso caliente salido de grandes ollas que hervían allí mismo, al aire libre. A lo largo de la acera parqueaban sus autos, rellenos de gente. Los platos se pasaban desde las ventanillas. Ahora el fenómeno se ha redimensionado drásticamente, porque ha sido erigida una verja de hierro que ha reducido el espacio disponible. Alejando así a drogadictos y vagabundos, como dicen las personas de buenas maneras, con quienes coinciden los revendedores presentes en el lado noroeste de la plaza, que se ocupan de maletas, frutas, bebidas, souvenirs, revistas y banderitas vaticanas. Pero los filipinos no se muestran así de contentos, aunque, en un final, estaban de todos modos cediendo el paso a otras nacionalidades incluso menos afortunadas.

Contra la verja que ha circundado el lado sureste del complejo de la Cartuja y las Termas de Diocleciano, generando enseguida un intersticio de yerbajos y basura, se apoya un mendigo de manual, que cuando se acuerda tiende la mano como si a

medio metro de sí el aire quemase. Un poco más allá está sentada en el suelo una niña gitana de los Balcanes con un bebé en brazos y canta una y otra vez tonadillas como para protegerse, o mantenerse despierta, o viva. Tiene delante de sí la tapa de una caja de camisa sobre la que se lee en un italiano aproximado que la ayuden a ella y al hermanito y gracias y luego Jesús recompensará. No sean malos. Dentro de la caja, varias monedas y dos billetes de mil liras, con el rostro bueno de la Montessori.

A lo largo de la Avenida de las Termas, como si la zona no estuviera ya bastante congestionada, parquean autobuses y ómnibus turísticos. Al fondo se abre la Plaza Esedra, cuya fuente fue la última obra pública inaugurada por un Papa rey pocos días antes de la llegada de los batallones saboyanos que acabaron con el estado pontificio. Le fue menos bien al escultor Mario Rutelli, encargado de adornarla con las náyades de carnes abundantes que ahora se ven.

Al alba de este siglo, se recreó, con delirio siciliano, haciendo posar a dos estrellitas de opereta que le tenían enloquecido, pero luego aquellas desnudeces escandalizaron a los ministros del rey laico y la inauguración fue pospuesta indefinidamente. Hasta que una noche, la clásica pandilla de jovencitos desmontó los andamios y amén. Rutelli se hizo perdonar retratando a Crispi, el propulsor, entre otras cosas, de los itálicos destinos coloniales, y emplazando una Victoria sobre el atroz monumento a Vittorio Emanuele II. Pero sus ninfas gordezuelas han bautizado más tarde una larga serie de manifestaciones de protesta. Y la plaza circular está ahora dedicada oficialmente a la República.

A la derecha está la puerta de la basílica de Santa María de los Ángeles. Hace poco ha salido de allí un muchacho y se ha detenido en la avenida a ordenar sus pensamientos. Pero no lo consigue. Como sabe un poco de inglés, capta el diálogo de dos ancianos turistas:

—Henry, listen, how can those bums sleep here whith all this noise?

—What are you doing sitting on that dirty bench, Kathy, hurry up!

—Let me have a little rest, Henry. Take a look at those birds! It seems like they are celebrating something or...

—Kathy, please, we're going to miss the group!

Y se van con el grupo, un poco encorvados, pero aún altos y esbeltos.

Fabio, el muchacho, es natural de la región llamada Emilia. Estudia física, con predilección por la astronomía, y se interesa por el arte, especialmente desde que conoce a Clara. Sucedió mientras hacía el servicio militar en Casarsa, Friuli. Su proyecto era preparar algunos exámenes allí y salir de ellos, pero en el cuartel se desperdiciaba un montón de tiempo y un tipo racional como él no lo soportaba. Y mucho cuidado con hacer ver lo que pensaba: lo habían ya enviado a descargar basura. Tuvo incluso que procurarse una máscara anti-gas en el almacén. Entonces, con tal de que lo dejaran en paz y no le demoraran la licencia por estudios, había tenido que grabarse en la cara una expresión entre contenta y cretina de buen muchacho y hasta hacer algunos pequeños favores al capitán. Apenas podía, salía a caminar por la llanura o a la orilla del río Tagliamento, que lo calmaba con el correr de sus aguas aún aparentemente cristalinas. Uno de estos paseos lo condujo hasta una iglesita aislada en medio del campo. Detrás de una ranura de la puerta, se sentía un limar como de rallador y un tralalá cantado. Al abrir vio sobre el andamio a una muchacha con un gran pañuelo en la cabeza y un overol de metalúrgico, atareada sobre un fresco que representaba algunos ángeles con pergaminos en latín sobre un fondo de constelaciones. A Fabio no se le ocurrió nada mejor que nombrarlas, una tras otra, contento de reconocer los itinerarios de su querido mapa celeste, para concluir precisando que allí donde la muchacha tenía las manos y la pared estaba más desconchada debía encontrarse Orión frente a Tauro, mientras otras grietas habían arruinado, más arriba, al Auriga y a Perseo. Sólo una vez terminada la disquisición se dio cuenta de que la pecosa restauradora tenía un aire algo preocupado y que del pañuelo escapaban largas mechass color cobre. Clara solía encerrarse en aquella

capilla perdida, pero ese día estaba de buen humor y, además, hacía calor. Rápidamente hicieron buenas migas y Fabio insistió en señalar los puntos en los que el anónimo pintor debía haber puesto sus estrellas.

Han venido a Roma aprovechando la ausencia del hermano de ella, magistrado, que vive en la capital y les ha dejado el apartamento. Algunos colegas le han hablado a Clara de trabajos interesantes en palacios privados y villas del Lazio y ella no esconde su interés, como tampoco esconde Fabio el disgusto ante tal eventualidad, pues le faltan aún dos años para graduarse y en Boloña se encuentra muy bien. Hoy salió con la intención de observar el reloj de sol de Francesco Bianchini en Santa María de los Ángeles. Le encantan esos relojes trazados sobre el piso de las iglesias. Fue un momento inolvidable descubrir en el techo de la nave izquierda de la catedral de Boloña, entre la séptima y la octava capilla, la abertura en forma de sol y, siguiendo el rayo de luz, ver la línea dorada flanqueada por dos vetas de mármol, blanco y luego rosado, y los signos zodiacales ascendentes y descendentes. Él considera ese reloj de Cassini y Manfredi como un potente talismán, capaz de medir, en el solsticio de invierno, la seiscientomilésima parte de la circunferencia terrestre. En su penumbra astral, ha buscado muchas veces esa que él llama su paz interior. Y en comparación, ahora Santa María de los Ángeles le parece demasiado resplandeciente: reina allí una exuberancia centrífuga, una despreocupada grandiosidad pagana que Miguel Ángel subrayó y que Vanvitelli no pudo suavizar. El mismo reloj, a simple vista, le parece mal colocado con respecto a donde debería estar. Todo en Roma le está pareciendo demasiado hermoso o demasiado feo.

El Museo de las Termas de Diocleciano, en la Cartuja contigua, lo ha perturbado a causa del contraste entre la gracia sobrehumana de los restos antiguos (los que pueden verse en las pocas salas accesibles, no obstante, los tres o cuatro lustros de supuestas obras de restauración) y el descuido en el que lápidas y sarcófagos, amalgamados como chatarra, se deshacen en

los claustros. La vulgaridad de los (mal)empleados es la misma que encontró en la Biblioteca Nacional, donde, luego de una larga espera, una jovencita –que lograba simultáneamente fumar, mordisquear un bocadito de jamón y discutir de Fórmula uno con un colega– le ha devuelto la boleta tachada diciendo que el libro solicitado no existía. Insistiendo hasta la descortesía, lo había finalmente conseguido: estaba fuera de su lugar por mal catalogado y ya sin los grabados, que le habían sido arrancados. Pero lo que a Fabio le cuesta trabajo comprender es que sólo pocos cientos de metros separen el mundo lleno de ruido y desesperación de Términi y el ángulo escondido en el que una adolescente de Anzio –traída a la luz hace cien años gracias a una furiosa tempestad marina que derribó un muro de la villa imperial, y luego de permanecer casi dos milenios en un nicho– lleva todavía sobre una bandeja una pieza de tela, un ramito de laurel y un pequeño cofre. Los ojos leves y vacíos, como para un rito propiciatorio nunca consumado. Como buen enamorado, Fabio es atraído por las figuras femeninas y ve por todas partes su propio deseo de Clara. Imagínense cómo se habrá sentido ante el Trono Ludovisi... A ambos lados de la Venus de los marineros, la hetaira que hace sonar las dos tibias y la mujer velada que quema incienso hilvanan una parábola que él no consigue vislumbrar totalmente, pero que –lo advierte– contiene un secreto fundamental. Y siente, por último, rabia por su ignorancia. Suerte para él, que es joven y puede aún ilusionarse con colmarla.

El envilecimiento de flora y fauna en la Plaza de los Quiñientos no ha pasado inadvertido a las perspicaces autoridades. Así, desde hace algún tiempo, junto a la estación hay un puesto de policía y una perseguidora con el motor encendido. Dentro hay dos agentes que deben ser muy populares, pues nunca falta alguien que se detenga a conversar por horas con ellos. Cada cierto tiempo sale una patrulla armada y da una vuelta por los jardines, controla los documentos de eventuales sospechosos y, si van escoltados por el furgón blindado, a alguno se lo llevan. Antes merodeaban más traficantes y carteristas. Ahora las mu-

jeros policías, en particular, son extremadamente meticulosas. Su gentileza es escalofriante: más de un emigrado clandestino se resigna sin discutir al escucharse emplazado por esas decididas señoritas. Cuando ellas aparecen, se espantan incluso los jóvenes mensajeros ocupados en cumplir algún encargo, que se han detenido a encender quizás un cigarro, fantaseando con bellísimas extranjeras que no consiguen cargar la maleta y les piden ayuda precisamente a ellos, latinos con denominación de origen controlada. Así, en la noche, puede formarse una riña en la discoteca entre fanáticos de los equipos de fútbol de la Lazio o de la Roma y ellos resultan vencedores y las extranjeras se excitan admiradas y a lo mejor son norteamericanas de Los Ángeles, y seguro que han visto tantas peleas, pero nunca así de brías. Y todo termina en la gloria, a retozar con mujeronas de importación que en el ardor les dejan marcas de uñas, de modo que, a la mañana siguiente, en la tienda les preguntan qué les ha sucedido y ellos sonríen displicentes... Bueno, basta de fantasear: la próxima vez encenderán su cigarro en el bar, que igual en la Plaza de los Quinientos hace rato que no puede pescarse nada.

Es necesario poner de relieve también que han cesado por completo en el barrio los robos de cabinas telefónicas. Al parecer, han capturado a la pandilla que se había organizado para destornillarlas enteras, llevarlas a algún taller y venderlas como cajas para duchas. Tenían tremendo mercado las duchas de la Compañía Telefónica. Sin contar con que se podía también utilizar el teléfono -una vez vaciado de monedas- como decoración postmoderna. Incluso, un tipo original se hizo montar el surtidor de agua dentro del auricular, sustituyendo la tubería flexible.

Están en servicio también (al menos hasta que algún gracioso no los desbarate nuevamente) los teléfonos de tarjetas en el ángulo de la plaza, desde los que Lucía parte para atravesar en diagonal, con mucha prudencia, los contradictorios flujos de autos y personas. Mañana es el cumpleaños de su marido. Han sido novios tres años y ahora llevan tres meses de casados. Antes de ayer han discutido por primera vez después del matrimonio,

a causa de un mueble que la madre de él quería que se llevaran y que ella no pretendía, en absoluto, meter en su casa. Una casa pequeña, pero estudiada con amor en cada detalle, que Lucía se ha consumido por arreglar con gusto. O sea, una tontería. Pero ella lo ha sufrido y haría cualquier cosa por borrar el episodio. Lucía no quiere nubes en el cielo de su vida amorosa. Por eso se ha tomado media jornada libre en el trabajo sin decirle nada al marido; tiene ya todo en el horno, ha quedado con una pareja de amigos simpáticos para que lleguen sorpresivamente a cenar. Se ha puesto un vestidito negro ajustado con unas medias nuevas que muestran un encaje con corazones apenas se alza un poco el borde de la falda. Ahora está buscando un regalo con el cual ir a esperarlo a la entrada del ministerio. Él se quedará pasmado. Desde que ganó aquel concurso, en vez de sentirse realizado, cada cierto tiempo murmura descontento, como si debiese tragar quién sabe qué amargura. Pero en el fondo es un optimista y se repone. Lucía conoce sus gustos. Se dirige a la librería y al negocio de discos que están junto a Correos. Eh sí, Plaza de los Quinientos ofrece sorprendentemente también eso. Comprará el último disco de De Gregori y luego un álbum del caricaturista satírico Altan, porque el marido ríe de corazón con sus viñetas. Decide allí mismo que después de cenar irán al cine, a ver una película comprometida sobre la mafia. Nada de "hollywood estomacal", como llama él a las comedias ligeras que a ella le gustan. Su marido no podrá lamentarse en modo alguno.

En la acera, Fabio se despabila mientras su retina selecciona por un instante la esbelta figura de la muchacha que resbala dulcemente, envuelta en el vestidito negro. Ha dicho a Clara que no tardaría, quizás ella esté preocupada. Él ve otra vez sus ojos transparentes, como aquel arroyo de Tarvisio, en un domingo que les perteneció. Él estaba sombrío por las humillaciones que sufría en el cuartel y abominaba al capitán, arrancando la hierba a su alrededor. Pero más tarde miró los reflejos brillantes que el agua despedía, miró a Clara que había puesto el vino en un sitio fresco y que, sentada sobre una piedra, rozaba la corriente con

la punta de los pies. Pensó entonces: “No puedo permitirles que me arruinen también esto. Basta, ya no existen”. Y funcionó.

Patrick N’diaye se acerca al viejo mendigo, uno que está peor que él. Tiene el impulso de ponerle un billete en la mano, hoy que puede, para agradecer a la suerte y tenerla cerca. Viene de una jornada transcurrida haciendo eso que ya ni soñaba, luego de tanta abstinencia. Lo han llevado en taxi hasta la avenida Cas-sia, le han ofrecido almuerzo y un whisky y hasta le han regalado luego la ropa. En el video porno él representaba al hijo de un embajador africano que intervenía como macho exótico en las orgías celebradas en la villa de la gerente de alguna compañía. Todo sucedió de prisa, inesperadamente: él sólo obedeció sin pensar. Y luego le han dicho que se puede repetir el asunto, pero con hombres. Y ganar mucho si no tiene problemas para hacerlo, en casa de ciertas personas que pagan. No ha respondido nada, sólo se ha guardado en el bolsillo el número de teléfono. Su vida es dura y alrededor hay tanta riqueza, qué diablos. Pero le viene en mente la historia, escuchada al burkinamés León en el “Catullo”, de un paquistaní que hallaron atado de pies y manos y degollado en un almacén no distante. Cuestión de celos, o una advertencia porque había errado o quería salirse del negocio.

El viejo mendigo observa trastornado al joven robusto que lo mira desde lo alto. Retira la mano, surcada de negras franjas de suciedad, se tira hacia atrás y grita hacia lo alto:

—¡Asquerosos musulmanes, vienen a robarnos el trabajo!

—Soy cristiano —contesta él. Lo dice bajo, un poco confuso. El viejo aferra el dinero, se levanta y corre algunos metros. Se vuelve, ríe. Escupe. Da todavía algunos pasos más. Balbucea.

Patrick N’diaye recuerda a un misionario del caserío polvorientado donde creció. Sobre todo, sus gafas, con un lente fracturado y una pata reparada con alambre. Se le caían siempre, y detrás estaban sus ojos húmedos, mansos. Se obstinaba con él y otros mocosos que le hacían caso una vez de cada tres. No quería que la gente linchara a los ladrones de autos, ni siquiera cuando herían a las personas: “ustedes son cristianos”, repetía. Luego



Patrick se mudó, junto a su hermano, a un barrio mejor. Trabajó como custodio y vendió medicinas falsificadas para ahorrar el dinero del pasaje. Consiguió entrar en Italia de milagro. Ha descargado de noche cajas de frutas y vendido quincallería, pero frecuentemente también ha vagado sin trabajo, durmiendo con otros como él en una nave abandonada o en un hotelucho de mala muerte, el “Catullo”, donde se pagaba muchísimo por hacinarse con otros diez en una habitación. Hasta que los carabineros lo clausuraron, encarcelando al propietario, que había sido denunciado por los vecinos no por usurero, sino porque los huéspedes eran más bien demasiados y más bien oscuros. Los tunecinos consiguieron robarse los colchones, las toallas y el hornito que estaba en la ventana del baño. Él los vio mientras se llevaban todo, con Fadel, que dirigía la operación. Es un tipo organizado Fadel Zribi. Posee hasta un camioncito.

Justo ahora, cuando las cosas parecían ir tan mal, pero que de regresar ni siquiera se hablaba porque hubiera sido aún peor, una señora rubia elegantemente vestida de azul lo ha detenido a la salida de un comedor de la Caritas en el que se reparte pan y sopa. Para suerte suya, debían sustituir enseguida a un negro que no se había presentado. Y Patrick N'diaye es un pedazo de hombre que se nota, caramba.

No deben ustedes asombrarse. El barrio en torno a la Plaza de los Quinientos tiene también, naturalmente, su perfil en luz roja. Bajo las voces “acompañantes”, “relax” o “masajes” de las ediciones locales de los periódicos pueden encontrarse muchas direcciones de estas calles. Aquí ejercen aquellas que tienen poco que perder, las que debutan con escasas perspectivas o las que están ya en el final de su carrera. En los anuncios se hacen anteceder del adjetivo “realmente”. Realmente joven. Realmente sexy. Porque el barrio es como ya se sabe y de otro modo los clientes no se harían ilusiones. En invierno, las que son de color ponen “bronceadísima”. Y, claro está, todas son modelos. Con el saneamiento planeado regresará quizás la clientela “bien”, los salones acogedores para ejecutivos de paso. Noblesse oblige.

Pero por ahora, tomando esa bocacalle, por ejemplo, y entrando en el tercer portoncito desvencijado se asciende hacia un interior no identificado por apellido alguno en la entrada. Allí hay un apartamento como todos los del vecindario, sólo con alguna división interior de más. Hay una cocina con calcomanías de personajes de telenovelas en la puerta del refrigerador; en el fregadero, loza conseguida con los puntos de premio de los paquetes de bizcochos; bonos de descuento bajo el pote del café en grano. Luego una sala con teléfono y televisor, algún volumen de una enciclopedia de la casa, revistas de modas con suplemento de belleza y viceversa, ceniceros y otros adornos de origen indescifrable (uno, como impone la tradición, es un pierrot) y así sucesivamente. A los costados de la sala hay dos pequeñas cámaras reservadas para la espera y detrás está la alcoba. Ella es “la francesa”: pantuflas rosa antiguo con un gran pompón, kimono rosa pálido con flores fucsia, cabello muy negro y labios muy carmín. “Chéri” a todos, le pidan lo que le pidan: “mon chéri”, como una marca de bombones de chocolate, ignorando el trade mark. Los clientes llegan la mayor parte de las veces con una maletica en la que traen las cosas para ponerle o ponerse. La usan como percha para gozar con sus respectivos recuerdos, deseos, fijaciones. Y ella regala su “chéri”, dulzona. La Piaf de fondo: *Hymne à l'amour, L'accordeoniste, Non, je en regrette rien*. Canciones que sabe de memoria, que ya no escucha, ya viejas cuando ella era una niña. Forman tanto folí bergér, le ha dicho uno. Pero qué dices, chéri. *A quoi ça sert l'amour*, y ellos sacan fotografías, cinturones, alimentos, ajustadores agujereados, presurosas y disparatadas ideas sobre como puede ser utilizado un decímetro cuadrado de concavidades francesas. A lo mejor alterna con Mireille Mathieu: *Je veux t'aimer comme una femme, On peut encore mourir d'amour*. Y, sí, ustedes las parisinas se las saben todas..., dice otro. Y ella contesta bien sûr, aunque sea rumana y haya hecho la vida en Marsella. En París estuvo una semana con Monique y Manuela, dos amigas. Bueno, amigas... dos de “Les girls”. Eran otros tiempos, mon chéri.

El escenario tiene, por supuesto, algunas variantes. A veces son callejones con un cuartico en el fondo y paredes revestidas de espejos y tela, lámparas de color violeta pecera y slow rock, Mina o *Los inolvidables temas de películas*. En el corredor, salpicado de cuadritos con playas tropicales o de la serie “Rincones de una Roma que ya no existe”, se encuentra estratégicamente colocada la tipa que viene a la puerta, con delantal y cofia. Junto a ella, un cubo, un trapo y detergente para el piso, como si estuviera limpiando. Son muchos los pajaritos atrapados con esa fábula: da impresión de higiene a los exigentes, desdramatiza para los nerviosos, controla el pasa-pasa. Pero no permite que nadie se acomode. Dice que la señorita está ocupada y pide regresar después de cierta cantidad de tiempo. Otras reciben personalmente, en corsé, llenas de maquillaje. Son esas que en los anuncios ponen sólo términos como cultura, distinción, educación, acompañados del adjetivo “refinada”. Es el último refugio, la cultura, la última onda. Pocas recurren al “afectuosa” o cosas por el estilo: no convocan. No por aquí, al menos. Parece una debilidad superflua. Dispuestas a todo, además, lo están por definición, qué diablos.

En fin, deben recordarse también las pseudopensiones, donde se anuncia un “completo” fijo o responden al intercomunicador que no, que ya no hay lugar. Puede encontrarse una precisamente en la esquina, en el quinto piso, con el nombre en neón: Felicita, que es nombre de mujer y no quiere decir “felicidad”, porque llevaría acento. Se interesan sólo los inmigrantes irregulares (cuya filosofía sugiere probarlo todo), los norteamericanos provistos de una edición anticuada de la guía *Europe on 15 \$ a day* y algún alemán borracho. Estos últimos porque se equivocan de número. En efecto están alojados en la misma calle, en un hotel para turistas con poco dinero y mucha prisa que ocupa un grupo entero de edificios: las ventanas siempre de par en par, llenas de camisetas hasta provocar envidia a las tendederas de los nativos, estéreos a toda voz, botellas de plástico, hilaridad y gritos de un piso a otro. Eso no lo hacen ya ni siquiera los del

lugar, que en todo caso conversan a la entrada de las tiendas. De día, claro. Porque de noche ha habido hasta puñaladas. Aquí, de noche, pasan solamente ignorantes manadas de japoneses, con el sombrerito de turista, del tipo de los que tienen el bolsillito incluido, cerrado por un zíper. O algún grupo de muchachos de preuniversitario en recorrido académico, escapados en masa de la profesora que quería tomar un helado en Trastevere, para buscar el Best Life Disco Club.

El resto de la callejuela, bautizada en memoria de la epopeya de los Mil de Garibaldi, contiene una ferretería, una mercería y una tienda de productos para el hogar que tiene hasta leña, carbón y bombonas de gas y que muy a menudo está cerrada porque el dueño incursiona a veces como plomero. Ha inventado él los tanques de inodoro transformados en rudimentarios depósitos que rumorean en los pisos altos de los solares, aprovechando la presión de rebote para hacer cantar los grifos de los apartamentos abusivos (perdonados gracias a alguna ley especial de autorización o nunca descubiertos) construidos sobre azoteas grises, abarrotadas de antenas. Y estas se hallan dispuestas en manera tan intrincada y tan llenas de cajitas a modo de árboles de navidad, que captan todo lo captable, incluso las minúsculas estaciones locales, superponiendo caprichosamente las imágenes, por otra parte, bastante proclives a la superposición, dado el género de transmisiones que va de moda.

Más adelante se encuentran: un “vinos y aceites” neorrealista; un negocio de venta de teléfonos celulares y computadoras; una carnicería islámica y un artesano tipógrafo y encuadernador, cojo, con dos hábiles aprendices somalíes, Ahmed y Nureddin, que llevan el taller y a quienes él trata como hijos, porque no tiene hijos y la mujer lo dejó hace años por un viajante de comercio. Luego está el kebab frecuentado casi únicamente por árabes, cuyas caras sombrías de hoy se deben al cartel fúnebre hecho a mano que cuelga entre las dos puertas, en el que puede leerse, en letras grandes “Amin Rafat Ghose Tamimi”. Es un inmigrante que trabajaba como ayudante de albañil hasta que se

cayó. El asunto no fue considerado como accidente de trabajo. No tenía contrato. Y tampoco familia. Sólo aquellos compañeros con los rostros sombríos ante el kebab que, aún teniendo ya bastante con sus propios problemas, fueron a ver al jefe de la obra sin saber siquiera con exactitud contra qué protestar. La muerte acontece, eso lo saben. El jefe de obra se puso a gritar que nunca más haría un favor a ninguno de ellos.

Les haré yo uno a ustedes eliminándoles la curiosidad de saber por qué la Plaza de los Quinientos se llama así. Se trata de los soldados italianos caídos en Dogali, el 27 de enero de 1887. Tiempo atrás hubo incluso un monumento consagrado a ellos. Se trata de un episodio de los inicios de nuestra aventura colonial. El emperador de Etiopía, negus Juan IV, consideraba un acto de hostilidad la ocupación de Massaua, arrebatada a los egipcios, mas los italianos, descuidados, avanzaban hacia el interior, dirigiéndose hacia Asmara. Pero el señor de la región, Ras Alula, asedió el fortín de Saati y puso en fuga una columna de refuerzos y provisiones comandada por el teniente coronel De Cristoforis, forzándola a retirarse hacia la colina de Dogali donde, rodeados, nuestros soldados cayeron batiéndose valerosamente, primero con fuego y después cuerpo a cuerpo. Cayeron los quinientos, como mandan las leyes redondeantes de la épica, dejando fuera de combate a un número doble o triple de enemigos. Esto, al menos, es cuanto contaron los sobrevivientes, dados por muertos por los abisinios y abandonados en el campo de batalla, donde fueron socorridos al día siguiente. En Massaua se moría del calor mientras sobre buena parte de la bota caía una lenta nieve decimonónica. Depretis nombró a Crispi como ministro del Interior, luego se apagó, dejándole el puesto de Primer ministro. El Gobierno del rey Umberto I, empeñado en sus economías internas, perseguía en África prestigio a buen precio y había incluso tejido cordiales relaciones con el rey de Scioa en plena expansión, el eximio Menelik, que ese mismo año logró, guiando personalmente el ejército junto a su primo ras Makonnen, anexarse el preciado emirato de Harar. Así, el soberano

negus Juan IV, poniéndose del lado de su vasallo Alula, terminó siendo obligado a desentenderse del cuerpo de expedicionarios italianos, súbitamente reforzado, y a subir de nuevo al altiplano para afrontar la creciente potencia del rival. La perspectiva no debió entusiasmarlo y quiso aprovecharse de una incursión de derviches mahdistas en el norte del país para galvanizar a su tropa con una batalla victoriosa, pero fue abatido por un proyectil errante y su cabeza terminó paseando por los villorrios árabes de Sudán, ensartada en las lanzas de los secuaces del Mahdi. En la confusión que siguió a su desaparición, Crispi dio el golpe bendito y se adueñó de Asmara. Con Menelik, coronado en el ínterin como emperador en la resplandeciente capital que acababa de fundar, Addis Abeba, se estrecharon acuerdos variadamente interpretables y ras Makonnen vino a visitar nuestra península. Pero Crispi, que de joven fue exiliado como partidario del republicano Mazzini y ahora, en cambio, era padrino de la colonia de Eritrea, deseaba resultados concretos e impresionantes, no aspavientos. Tanto intrigaron los italianos, serpenteando con astucia –según las enseñanzas de los antepasados romanos– entre discordias locales, que se apoderaron de todo el Tigrè. Pero esto era demasiado, hasta para el cauto Menelik. De modo que los etíopes reencontraron la unidad y el heroísmo de Dogali pudo repetirse en Amba Alagi y ser traducido después en un kolossal cinemascopio (estrellas, entre otros, junto al negus Menelik II, los ya citados Alula y Makonnen) en la emboscada de Adua de 1896, donde murieron, en un día, más soldados del regio ejército italiano que en toda la anterior guerra de independencia contra los austríacos. Crispi se sintió aniquilado por la derrota y desapareció de la escena política. Sí, en aquellos tiempos aún era posible que un político se retirara. Y he ahí que el nombre de la Plaza de los Quinientos, más de un siglo después, podría resultar instructivo a su modo, e incluso enorgullecer dolorosa y malignamente a algún africano que la transite, si lo supiera. De todos modos, digámoslo: Menelik II, el aristocrático amhara que afirmaba ser descendiente del rey Salomón y de la reina de Saba, no se sentía

muy africano y siempre negó con convicción ser negro.

A Lucía no le gusta pasar por la Plaza de los Quinientos y le parece que debe prestar demasiada atención a no pisar jeringas y caminar de prisa, más ahora con ese vestidito corto y la carterita con el dinero en la mano. Así, cuando de la esquina surgen a toda velocidad dos autos brillantes, el primero con una sirena sobre el techo y el segundo seguido por dos agentes en motocicleta, ella se bloquea, retrocede por instinto, pero tropieza, pierde el equilibrio y cae sobre un anaquel del quiosco de periódicos, en medio de los titulares del “Messaggero”. Todos siguen el hilo de la sirena y el chillido de las gomas. Lucía se levanta sola y se disculpa con el vendedor. No se hizo daño, pero las medias nuevas se rompieron. Quizás encuentre también alguna mancha en el vestido. Y ya no tiene tiempo para cambiarse.

Fabio, al escuchar la sirena, sale de su rumiar a lo largo de la verja de hierro. Se percata finalmente de que es tarde y se echa a correr. Tropieza con un negro atlético vestido con ropa nueva, que camina algo atontado. Ninguno de los dos presta atención al otro. Clara le abrirá con el camisón de su abuela, el pelo húmedo y un dulce mordisqueado en la mano. Y lo embestirá:

—¿Y bueno? ¿Qué te pasó? La verdad, con los tipejos que andan por ahí... ¡Diez minutos más y me como todo! Ese reloj de sol te ha hecho perder la brújula...—, etcétera.

Clara se queja en desorden, confundiendo así lo que más le importa. Fabio ni le contestará. Abrazándola, sentirá el contacto de su seno y la humedad del cobre y el ruido de algo que se derrama. Entrará en Clara para salir del mundo: “Basta, ya no existen”. Y funcionará. Algunas personas tienen toda la suerte.

La niña gitana no mira a ningún lado, o mejor: mira lejos, más allá del ala negra de encaje de las miríadas de pájaros en el cielo aún brillante, como lo pintaban siglos atrás los flamencos maravillados, venidos a perfeccionar su arte junto al Tíber. Sigue murmurando su letanía eslava. Tiene un hematoma en el brazo, por haber respondido mal al jefe del campamento donde vive, que no es su padre. El niño, que no es siquiera pariente suyo

y que aún no habla, tiene los ojos cerrados y la nariz llena de mocos, el pelo pegado a la frente bajo el gorrito de listas rojas y azules. El mendigo ha regresado a su lugar y mira a los ojos de todos inquisitorialmente, con el aire de estar allí para decir algo terrible o terriblemente suplicante. Y la mano, más que pidiendo algo, está tendida, cóncava, como quien sostiene un globo terráqueo o una esfera de cristal que no existe.

¿Y bien? ¿Ustedes qué hacen allí, aún ante la estación? Supongo que no están interesados en comprar medias, tabaco de auténtico contrabando, postales animadas con el Papa que bendice, peletería firmada, las mejores canciones del Festival de San Remo, etcétera. En ese caso, les quedan varias opciones: pueden hacer una larga cola y tomar un taxi, en el que les robarán legalmente, o subir al autobús que se dirige al centro de la cristiandad, en el cual quizás les atraquen ilegalmente, o dirigirse a pie al descubrimiento de la ciudad eterna, sorteando las mesas que invaden las aceras y los autos parqueados en doble fila; o refugiarse en un museo abierto, en el que podrían obtener una fugaz visión de las inimaginables bellezas que Roma ha acumulado, más que ninguna otra ciudad en el mundo, a través de su larga vida. O, naturalmente, pueden ustedes dar media vuelta y regresar al sitio del que vinieron. El cual no es ni mejor ni peor, pero al menos ya están acostumbrados.

### ***Epílogo de 2006***

Escribí estas páginas cuando vivía en ese barrio de Roma. El texto fue publicado en la revista *Linea d'Ombra* en 1991. La estación Termini, destino de los trenes de alta velocidad, es ahora un rutilante centro comercial parcialmente subterráneo, repleto de escaleras mecánicas y ascensores, con restaurantes, bancos, alquiler de coches, mostradores de información y espacios de exposición. Un portal de Internet declina las “categorías merceológicas” de las tiendas (hay incluso un gimnasio y una galería



de arte) y especifica que el área, inaugurada para el Jubileo de 2000, ha pasado “de ser un lugar degradado a ser un polo multifuncional”. Los toldos de los vendedores informales, en su mayoría chinos, son esporádicos: muestran marionetas de peluche en forma de guardias suizas, brazaletes brasileños de la suerte, fundas de celulares manga y juguetes a pilas que se escapan irremediablemente del control del tendero. Las cintas de cassette han desaparecido, dando paso a los CDs y DVDs caseros. Por lo demás, algunos de los rostros de los carteles electorales han cambiado, y entre los nuevos los hay especialmente esmaltados, que ya no se destiñen en las paredes: el servicio que se ocupa de su imagen es muy eficiente.

La “francesa” eligió un asilo en Marsella y recientemente realizó un viaje a Rumania, que había dejado cuando era niña. Lucía y su marido se han separado, mientras que Clara y Fabio viven juntos, pero en otro continente. La pseudopensión “Felicita”, destripada y renovada, es ahora un loft de diseñadores publicitarios, que, como una broma o superstición, han mantenido el neón y el nombre, pero poniéndole acento. Además, ningún euro se asoma a los vasos de papel y cajas de zapatos de los mendigos. Los quince años que han pasado, en resumen, se pueden ver: desde entonces muchas cosas han cambiado, incluso el Papa de Roma.

### ***Glosa de 2020***

Otros catorce años y otras novedades en la Plaza de los Quiñientos. Los CDs y DVDs han desaparecido. El Papa de Roma ha cambiado de nuevo. El anterior no ha muerto, pero estaba cansado. Y el que vino después, según todos, es mucho mejor. Varias tiendas están cerradas, tal vez de forma temporal. Los viajeros han disminuido, casi todos tienen mascarillas y guardan distanciamiento social, vigilando sus pies para no dar pasos en falso.



## ACERCA DEL AUTOR

Danilo Manera es catedrático de literatura española en la Universidad de Milán, narrador, crítico literario, traductor de varios idiomas, periodista cultural y de viaje. Ha preparado ediciones italianas de numerosos autores españoles e hispanoamericanos, y ha coordinado el manual *Literatura española contemporánea* (2020). Ha publicado el libro de viajes en la amazonía colombiana *Yuruparí. I flauti dell'anaconda celeste* (*Yuruparí. Las flautas de la anaconda celeste*, 1999, Premio Gambrinus), la colección de relatos dedicada a las colinas donde nació *Terre Lune Langhe* (2000), la novela cómic *Il monile di Bengasi* (*El dije de Bengasi*, 2004, con dibujos de Stefano Fabbri, Premio Oesterheld), los volúmenes *Santo Domingo. Respiro del ritmo* (2002), *Viaggi di carta, carte di viaggio* (*Viajes de papel y papeles de viaje*, 2006), *A Cuba. Viaggio tra luoghi e leggende dell'isola che c'è* (*A Cuba. Viaje por lugares y leyendas de la isla del siempre todavía*, 2008) y *Sconcerto cubano* (2016). Con la editorial Elliot de Roma ha publicado las novelas *Lamalasantísima* (2019) y *Ballata delle montagne perdute* (*Balada de las montañas perdidas*, 2020). Tiene un afecto especial por la literatura dominicana. Ha participado varias veces en la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo y ha organizado la Primera (2001) y Segunda (2010) Semanas de la Literatura Dominicana en Italia. Es director de revista académica *Tintas* y de la cátedra “Marcio Veloz Maggiolo” de estudios dominicanos.



# ÍNDICE

<i>Acerca de estos pasos. . . . .</i>	5
El amor tropical, en la época de los hombres lobo . . . . .	7
La trinidad venezolana . . . . .	31
La media hora del farang . . . . .	49
Luto seco. . . . .	57
La herencia del geógrafo . . . . .	77
Roma, Plaza de los Quinientos ( <i>Visita guiada con noticias históricas</i> ). . . . .	85
<i>Acerca del autor. . . . .</i>	107



Este libro  
PASOS EN FALSO,  
de Danilo Manera,  
terminó de imprimirse  
en el mes de septiembre de 2021,  
en la Editora Amigo del Hogar,  
en Santo Domingo,  
Ciudad Primada de América,  
República Dominicana.

